





Nuestra Señora de la Peña

2025



Nuestra Señora de la Peña

2025



Fuerteventura, 2025

Presidenta del Cabildo de Fuerteventura
Dolores Alicia García Martínez

Consejero de Cultura, Patrimonio Cultural e Innovación del Cabildo
de Fuerteventura
Rayco León Jordán

Alcalde del Ayuntamiento de Betancuria
Enrique Cerdeña Méndez

© de los textos: *los autores, María Valerón Romero.*

© de las fotografías: *Sirma Castellano - Pastorcillo Films y Fondo
Fotográfico del Archivo Insular.*

© de la edición: *Cabildo de Fuerteventura.*

Diseño y maquetación: *Jorge Cabrera Ruiz. GayriaStudio, S.L.*
Coordinación y cuidado de la edición: *Servicio de Cultura y Patrimonio
Cultural del Cabildo de Fuerteventura.*

Depósito legal: GC 460-2025

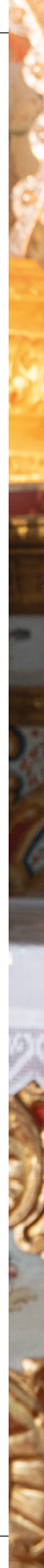
Imprime: *Imprenta Maxorata*
Impreso en España

Índice

Saludas	7
Inma de Armas	
Pregonera de las Fiestas de la Virgen de la Peña 2025	15
Pregón de la Peña 2024	23
Isla adentro	55
Senderos que laten memoria	55
Prólogo	57
Asunción Alonso Padilla (Valle de Santa Inés)	62
Miguel González Guerra (Villaverde)	70
José Antonio de Vera Lima (Tetir)	75
Diego Calero Nolasco (Casillas del Ángel)	82
María Teresa Perdomo Sarabia (El Matorral)	88
María Dolores Morales Vera y Guayedra Brito Morales (Antigua)	93
Pepa Rodríguez Marrero (Antigua)	100
Omar López Martín (Agua de Bueyes)	104
María Nieves Viña (Antigua)	109
Juan Camejo Martín (Pájara)	114
Inma Marrero Pérez (Tuineje)	119
Antonio Cano (Morro Jable)	126
Javier Peña Betancor y Francis Roger Lasso (La Punta de Jandía)	132

Saludas





Volvemos a mirar hacia el corazón de nuestra isla. Hacia ese lugar que, año tras año, nos convoca, y nos recuerda quiénes somos. La Peña no es solo una fiesta: es memoria intacta, es tradición que pasa de generación en generación, y, sobre todo, es el punto de encuentro de un pueblo que no olvida sus raíces.

Este 2025, celebramos bajo la premisa de que “Todos los caminos llegan a La Peña”. Porque no importa desde dónde vengamos ni cuántos kilómetros recorramos: el camino nos iguala, nos reúne y nos recuerda que ser de aquí no es solo cuestión de origen, sino de compromiso con esta isla que tantas veces ha sabido empezar desde cero.

Quienes nacimos aquí sabemos lo que significa resistir. Ser pueblo en mitad del Atlántico, mantener vivas nuestras costumbres y defender nuestra manera de estar en el mundo. Somos personas fuertes y orgullosas de lo nuestro. Y, a la vez, hospitalarias con quienes llegan, con quienes eligen Fuerteventura para vivir, trabajar y caminar a nuestro lado. Porque aquí, el arraigo se construye desde el respeto y el amor por la isla.

Las Fiestas de La Peña son un reflejo de todo eso. Son la expresión más sincera de nuestra identidad. En ellas nos reconocemos como isla y nos reafirmamos con lo que nos une: el respeto a nuestras costumbres, la conexión con el territorio y la fuerza de una cultura que llevamos dentro.

Quiero agradecer profundamente a quienes hacen posible esta celebración: las personas voluntarias, los equipos de seguridad, quienes trabajan en la organización y quienes peregrinan con conciencia, respeto y cuidado por nuestro paisaje. Gracias por demostrar, una vez más, que este pueblo sabe caminar unido.

Viva Nuestra Señora de La Peña.

Dolores Alicia García Martínez
Presidenta del Cabildo de Fuerteventura



No existe recorrido en la vida que no comience con un primer paso. No hay escaleras sin su primer escalón. Ese impulso inicial, tan necesario como determinante, suele ser también el más complejo.

Nos marcamos metas que nos llenan de ilusión y nos animan a dar ese salto, aun cuando no sepamos con certeza dónde ni cómo será la llegada. Porque en el camino, tan importantes como la meta son el movimiento, los encuentros, las experiencias y las reflexiones que nos fortalecen. Nos acompañan las sombras que nos brindan descanso, los peregrinos que compartimos sendero y nuestros propios pensamientos, que nos empujan a seguir adelante.

Y así, paso a paso, alcanzamos el momento en el que el objetivo se hace visible: el Morro del Humilladero, donde se materializa la ilusión con la que partimos y culmina el esfuerzo de un trayecto que es, sobre todo, personal y colectivo a la vez.

Como peregrinos emprendemos este camino con La Peña como destino, recorriendo una isla comprometida, firme a nuestros valores y nuestra identidad.

Feliz Día de Fuerteventura. Feliz Día de La Peña.

Rayco León Jordán

Consejero de Cultura, Patrimonio Cultural e Innovación
del Cabildo de Fuerteventura



La Vega de Río Palmas, corazón de Fuerteventura, recibe con emoción y alegría a todas las personas que estos días de septiembre peregrinan desde todos los lugares de la isla para encontrarse en la casa de la patrona, el santuario de la Virgen de la Peña, junto a la que compartiremos devoción, espiritualidad, diversión y la emoción de un encuentro festivo que a lo largo de los siglos ha ido enlazando a las sucesivas generaciones de nuestra comunidad.

El Cabildo Insular y el Ayuntamiento de Betancuria han cooperado un año más en la preparación de un programa de actos variado y diverso, con el objetivo de satisfacer todas las expectativas y sensibilidades. Se iniciará la fiesta con el pregón, este año a cargo de Inmaculada de Armas Morales, historiadora y persona destacada por su amplia trayectoria en el ámbito del trabajo cultural. En el entono del santuario tendrán se desarrollarán actividades infantiles, juegos y deportes tradicionales, luchada, actuaciones musicales, verbena, parrandas, encuentro de mayores, de solistas, actuación de las agrupaciones folclóricas y rondallas y degustación del tradicional puchero de las fiestas. También se celebrará la muestra ganadera MUGABE, que edición tras edición ha logrado consolidarse, recuperando una vieja tradición de la festividad de la Peña. Cabe destacar la romería-ofrenda a la patrona, que culmina en el santuario, en el que se celebrarán los actos religiosos programados por la parroquia, que culminarán con el traslado de la imagen de la Peña hasta la plaza para celebrar la función religiosa y procesión en honor de la patrona, presidida por el obispo de la Diócesis y concelebrada con los párrocos de la isla.

Un año más la Peña nos convoca a unas jornadas de fiesta y encuentro compartiendo el sentimiento de pertenencia a la comunidad de la que formamos parte. Desde el municipio de Betancuria les damos la bienvenida a la fiesta patronal y les expresamos nuestro deseo de que disfruten de estos días de fiesta. ¡Feliz fiesta de la Peña!

Enrique Cerdeña Méndez
Alcalde del municipio de Betancuria



Inma de Armas
Pregonera de las Fiestas de la
Virgen de la Peña 2025



Nací en Puerto del Rosario, en 1958, lugar de mi infancia, juventud y donde he desarrollado mi vida profesional, una vez finalizados los estudios académicos de Educación General Básica en la Escuela de Formación del Profesorado de Las Palmas de Gran Canaria, y de Geografía e Historia en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de la Laguna, Tenerife, licenciatura que obtuve en 1982.

Los años 80 y 90 del siglo XX fueron años de un gran activismo y dinamismo en nuestra sociedad, en cualquiera de los aspectos que intentemos analizar.

Los primeros años de los 80 definen la andadura democrática de España, en Canarias será la Junta Provisional de Canarias la primera institución regional; institución que sentará las bases de la estructura político-administrativa e iniciará el debate político sobre el Estatuto de Autonomía de Canarias, las leyes y reglamentos que deberá seguir tras la aprobación del mismo, hasta constituirse la Comunidad Autónoma de Canarias, el Parlamento de Canarias y la formación del Gobierno de Canarias mediante el sufragio universal, es decir, el derecho a votar de toda la población en edad legal para ello.

Es el momento de debate en el reparto de fondos económicos entre las islas, de la definición del papel que en la administración

política del archipiélago deben jugar los siete Cabildos Insulares, del rol de la mancomunidad provincial de Cabildos, hay que tener en cuenta que el desempeño de la funciones de la mancomunidad no había sido históricamente favorable a las islas a las que desde el poder central, el del Estado y el de las dos capitales de provincia, denominaban “menores”.



Desaparece la Mancomunidad Provincial de Cabildos, y inicia su andadura la Federación de Cabildos Insulares.

Es el momento de las negociaciones para la transferencia de competencias del Estado Central a la Comunidad Autónoma y, parte de estas competencias, de la Comunidad Autónoma a los Cabildos Insulares, hecho que paulatinamente se va produciendo durante la primera parte de la década de los 90.

Todo lo que hoy es el sistema político-administrativo de Canarias fraguó en la década de los 80 y se desarrolló durante los años 90.

En Fuerteventura es en esos años cuando se promueven multitud de proyectos, de obras públicas, hidráulicas, carreteras, planes agrícolas, en turismo, asuntos sociales...; un sinfín de iniciativas políticas y administrativas que las personas que lideraron en representación de los intereses de la Isla, tuvieron que pelear y “arañar” al objeto de conseguir los medios económicos necesarios que paliaran los efectos de siglos de abandono de este territorio.

Los años 80 y 90 suponen la base en muchas materias, pero los responsables institucionales no olvidaron que uno de los cimientos debía ser el de la cultura.

Uno de los primeros proyectos en materia de cultura del Cabildo de Fuerteventura, fue el de poner en funcionamiento el Archivo Histórico Insular, que constaba en ese momento de un armario con algunos legajos, en muy poco tiempo la aportación de documentación antigua fue incrementándose y, en muy pocos años contaba con un edificio diseñado expresamente para albergar la historia de Fuerteventura.

El Archivo Histórico Insular es quien organiza las I Jornadas de Estudios de Fuerteventura y Lanzarote, e inicia la coordinación de la red de bibliotecas Insulares, además de una biblioteca insular especializada en publicaciones sobre Canarias y da los primeros pasos en la publicación de obra escrita que tuviera interés para Fuerteventura mediante la creación del Servicio de Publicaciones.

Paralelamente se proyecta una red de centros culturales por toda la geografía insular, comienza a diseñarse el proyecto de Universidad Popular de Fuerteventura, la Escuela Insular de Folclore, el Aula de Música, más adelante la Escuela Insular de Música, el Centro Asociado de la UNED en Fuerteventura, los Centros Culturales, el edificio del Auditorio Insular, la adquisición de la casa que hoy es

la Casa-Museo Unamuno, organización de la I Feria del Libro, de Semanas Culturales en los pueblos, organización de espectáculos teatrales coordinados con el Gobierno de Canarias, Centro Insular de Cultura del Cabildo de Gran Canaria y la Obra Social de la Caja Insular de Canarias.

Al mismo tiempo emergen asociaciones culturales como la de Mafasca en La Antigua, se potencian otras más antiguas, como Raíz del Pueblo de La Oliva, Tiempo Sur, en Gran Tarajal.

En Tiscamanita la asociación de vecinos y de Fútbol relanza el homenaje anual a Manuel Velázquez Cabrera, el impulsor de la Ley de 1912, de Cabildos Insulares; en Tuineje la asociación de vecinos recrea la Batalla de Tamasite y la romería de San Miguel, actividades culturales en el Centro Cultural e impulsa talleres de artesanía, sobre todo la textil mediante el uso del telar tradicional.

En Pájara, el centro cultural acoge actividades de teatro: a Gran Tarajal y Morro Jable llega la Universidad Popular; en Betancuria impulsan el Museo Etnográfico y Arqueológico, las coplas a la Virgen de la Peña, el Auto de Reyes.

En Puerto del Rosario las asociaciones vecinales forman rondallas folclóricas, y la Casa de la Cultura es la sede del Club Cine-forum, y lugar de exposiciones de artes plásticas.

Es el momento, también, de activismo social, como el de la organización de las Jornadas por la Paz, celebradas en lo que hoy conocemos como Albergue de Tefía, organización de Jornadas Feministas, en el mismo lugar, la celebración del Día de la Mujer Trabajadora, el apoyo a los objetores de conciencia, en aquellos últimos coletazos de la obligación de los hombres a realizar el servicio militar.

También emergen iniciativas privadas como la revista “Malpaís” cuyo contenido trata sobre la cultura, asuntos que afectan a la sociedad y la política insular, publicación que quizá fuera heredera

de otras anteriores más rudimentarias por los medios con los que contaban, pero unidas por los mismos objetivos.

En este contexto de publicación en la “Revista de La Peña”, destacaremos uno de los programas de esa época, es el denominado “Cultural Campo”, con fondos económicos estatales, regionales, y la aportación de la institución insular, tiene como objetivo estudiar, dinamizar e impulsar el patrimonio cultural en las zonas rurales.

En Fuerteventura, entre otras acciones, impulsó la romería y festividad de la Peña, como patrimonio etnográfico a proteger y dinamizar.

No pensemos que la festividad de la Virgen de la Peña había decaído antes de las fechas de las que hablamos, pero sí se consideró que la romería, y la celebración de la fiesta insular, necesitaba un impulso, para ello el equipo que formaba parte de Cultural Campo organizó múltiples actividades culturales que fueran capaces de atraer a un importante número de personas a la Vega de Río Palmas.

Aquellos que nacimos entre los años 50 y los 60 en Fuerteventura hemos tenido la suerte de vivir y participar en una sociedad que se abrió al mundo, que dejó de lado el complejo de una isla estigmatizada y tomó el testigo de la tenacidad y perseverancia de las gentes que nos precedieron, de modo que pudimos participar en tantos proyectos ilusionantes, todos ellos con sus luces y sus sombras, sus fracasos y sus éxitos, como cualquiera de las actividades humanas, pero realizados con la ilusión de contribuir a que la sociedad de Fuerteventura contara con acceso, durante demasiado tiempo denegado, a la cultura y acceso a la educación en igualdad de condiciones a otros territorios del Archipiélago.

Feliz fiesta de Nuestra Señora de La Peña 2025



Pregón de la Peña 2024

Marcos Hormiga



I

A todas las personas asistentes,
a quienes nos escuchan, aun distantes,
autoridades, párroco, escuchantes
de la llamada, siempre reincidentes:

La Señora nos convoca. De su gentes
son las respuestas, prontas y expectantes,
las réplicas devotas, incesantes
veredas de promesas diligentes.

Se entrecruzan caminos y en el centro
de la tierra, la tierra late, dentro.
Es nuestra cita añera, nuestra enseña,
lo que nos une, ciñe, estrecha, abraza,
nuestra forma de ser; es nuestra casa
Vega de Río Palmas y La Peña.

II

Aquí el pregón se hace vivo recado,
anuncio que revela la proclama,
inicio de la fiestas, obra y flama
que enciende con promesas lo pactado.

Aquí el camino activo, transitado
por peregrino el paso que derrama
esperanza festiva como llama:
La Peña que repite el tiempo andado.

Ermita santuario, regocijos.
Encuentro de la Imagen con sus hijos.
Oratorio de credo; exaltación
ha de sentir rendido, pregonero,
todo este pueblo junto, por entero,
que es quien escribe, unido, su pregón.



*Virgen de La Peña,
Reina y Soberana,
dadme vuestro auxilio
no se pierda mi alma.*

(Acompaña a timble y voz Julia Rodríguez)

Fuerteventura es la nada
que se convierte en el todo,
tierra hecha al acomodo
de soledad, orillada.

Es la gavia descarnada
en el llano de un tablero,
es el veril de un pesquero
al borde del infinito
mar de sentires: el grito
de un terruño al solajero.

La nada es Fuerteventura
en el todo convertida,
luz que nos brinda vida
con más vida que procura.
Ondulación en largura
descubriéndose en lo agreste.
Viento desde el noroeste,
cielo -solar cristalino-
amplio en su espacio, contino
desparrame de celeste.

Aislamientos florecientes
de tiempos que se repiten,
soledumbres que compiten
con andares precedentes.
Resultante de sus gentes
hecha a labores sin par.
Campaña que se abre al mar
extendido en horizonte,
orilla arenal, remonte,
puerta de un puerto de amar.

Despejada singladura
del día a día orillado,
mundo que rota estancado
en solariega figura.
Uniforme en la textura
de los campos extendidos.
Lugareños adheridos
a florecer pedregales,
crónica de los anales
graneros reverdecidos.

Isla convertida en fuerte,
ventura abierta al mañana,
llanura que surte grana
por simple paisaje inerte.
Terreno donde se advierte
su destino en armonía:
pueblo que lucha a porfía
por mantener la estructura
maestra de una figura
cambiante en el día a día.

Fuerteventura es ayer
por hoy en día mudado,
es lo remoto cambiado
en lo que queramos ser.
Es añejo renacer
con vocación de ser lumbre.
Es camino mansedumbre
de los pasos del ahora,
es la esperanza que mora
apoyada en la costumbre.

Es avutarda, cabrilla,
perinquén, queso, puchero,
redondillo majorero,
es la apañada, la ardilla,
el malpeis, la tarabilla,
es el cherne, es el zurrón,
es gofio del escaldón,
lucha canaria, porretas,
es majalula, seretas
de tunos, mojo picón.

Es el molino olvidado,
es la vieja hecha jarea,
es barquillo en la marea,
es el baifo destetado,
pella de gofio amasado,
paraes, aulaga al viento,
es el gajo del sarmiento
centenario, es el olivo,
el aceite y el cultivo
que cosecha el sentimiento.

Gavia, vuelta del pastor,
vela latina, cebada,
chícharos, lata, cuajada,
terrero de luchador,
es la fachenda; el sabor
de salitre y maresía,
es la polca a la porfía,
es gambuesa y es jorado,
es llano desparramado,
es el cardón de Jandía.

Es la costa del mariante,
natero, guirre, guelderera,
es el barrunto, la estera,
y la rondalla bailante.
Es la Fundación pujante,
la Ópera, el cordobán,
personas que formarán
rancho de ánimas, la taifa,
la liña, el cabozo, baifa,
bandullo, fija, zaguán.

Marcas de mar, cabañuela,
pandorga, santiguadora,
centro comercial en hora
punta, el mandil de la abuela.
El fechillo, taramela,
veril del mero, bardino,
el goro, el burro, el cochino,
pispo, ganado guanil,
la lechera con fonil,
los bocoyes para el vino.

Es palmeral marginado,
es añero tajorase,
trigo morisquillo en jace,
es el guiri asoleado,
es el campo abandonado,
es la costa construida,
el timple, la isa corrida,
el jallo, el ruido y, también,
es lo que se engloba en
Fuerteventura querida.

Es el viejo horno de cal,
la atarjea, la escudilla,
la penca con cochinilla,
es tablero y pedregal.
Imagen de un santoral
en ermita franciscana,
el roncote, la rondana,
las salinas, son los caños
y es el paso de los años
entre el ayer y el mañana.

De un corre corre constante
toda la isla es presencia:
cruceros de la opulencia
y pobre gente inmigrante.
Un tirar hacia adelante
con nuestro paso que apura.
Ausencia de la medida
o control será su sino,
pues, ¿cuál será mi destino?
pregunta Fuerteventura.

Es pajero restaurado,
es el taro renaciente,
la torna de la corriente
en cualquier surco olvidado;
pie de romance cantado,
marcas de cabras, pandullo,
Gairía, Tao, Bayuyo,
Orejas de Asno, Tindaya,
guelfo, millo, duna; playa
a donde arriba el orgullo.

Es futuro floreciente
misturado con templanza
si llega la gobernanza
a dominar la corriente.

Es paisaje diferente
el que ondea como enseña.
Quizá ilusión halagüeña,
quizá incertidumbre o fe
cual la romería de
nuestra Virgen de La Peña.

Por eso y por otro tanto
somos de un mismo paisaje
en el continuo oleaje
de los tiempos. Somos cuanto
la Historia, bajo su manto,
ha mezclado en argamasa.
Somos un pueblo que abraza
una misma condición:
los pulsos de un corazón
latiente en la misma casa.



*Virgen de La Peña,
Reina y Soberana,
dadme vuestro auxilio
no se pierda mi alma.*

(Acompaña al timple Pedro Umpiérrez Ageno)



ROMANCE

Es de piedracal, arena
con agua mezclada al tiento,
la argamasa.

Es el paisaje
colorido sobre un suelo
de basalto caprichoso
al que diera forma el fuego;
es esta costa orillada
-de mares matraquilleros-,
es barranquera sedienta
-cicatriz abierta al cielo-.

Argamasa es el volcán,
el agua, la tierra, el viento
misturando cada paso
en montañas de milenios.
Son millones de años juntos
en sin número, diversos
por cambiantes, movedizos,
variados y disparejos.
Y argamasa es conjunción
de barraqueras ciñendo
los cauces donde confluyen
vertientes del aguacero.

Es por eso de argamasa
las hechuras de este pueblo.

Altura tuvo este llano
como las islas del resto
de nuestras rocas hermanas
que forman el archipiélago.

Tuvo montes arbolados
por donde aguajes corriendo
dejaron siquiera imagen
del rastro de lo que fueron.

Surgió de la mar la isla
fósil de cuatro elementos
donde animales y flora
le dieran forma a su aspecto.

Y miles de años cumplidos
habitaron el silencio.

Al principio de la era,
en torno al siglo primero,
llegan los trazos humanos
a fundar asentamientos.
Quizá fuera gente esclava,
tal vez industrioso puesto
de avanzada / o personas
de otras personas huyendo,
mas, por encima de todo
se sabe que, del desierto,
inician los bereberes
mahos su precario éxodo
que arribara a estos batientes
sobre un mar de aguaje incierto.

Restan vestigios, paredes,
huellas sobre un tapiz pétreo,
caparazones, cerámica,
pieles, poblados y huesos,
mas, también queda en nosotros
lo que somos, quienes fueron.

Mallorquines, catalanes,
con andalusíes; prestos
los vascos, los portugueses,
florentinos; al empleo
venecianos, genoveses
por incautar de lo inédito.
Si acaso, rapiña, fuga
y abandono solariego.

Arrinconos de centurias
en el correr del perpetuo
andar de la historia en
el desamparo más pleno.

Será por el siglo quince,
en torno al mil cuatrocientos
cuatro, cuando los normandos
tomen posesión e imperio
de espacio y de población,
de unas gentes con sus términos.

Por un casual, a unas leguas,
en este barranco anejo,
incursionan adalides
portando visos guerreros,
internándose en la isla
por el arroyo, hacia adentro.

Un palmeral infinito
recibe a los forasteros;
una población esclava
será su primer provecho.
Son Maxorata y Jandía,
son Guise y Ayose, aquellos
que desgajan su pasado
recolector y cabrero.

Una cultura se pierde;
otra civilización su puesto
ocupa, invade. Domina
la acción del repartimiento.
Es Gadifer de la Salle
el normando caballero
quien irrumpe, asalta, adquiere
con particular asedio;
será Jean de Bethencourt
quien se haga con el trofeo.

De norte a sur el enclave
tiene ya señor y dueño.

Ahora es más ancha Castilla
que asume otro ansiado reino
con su puñado de súbditos.

El rey Enrique III
en regiones de ultramar
será el monarca europeo
que principie las conquistas
sobre el espacioso océano.

Es ahora al señorío
a quien se rinde respeto.

De pronto son artesanos
artífices y labriegos,
los que portan las costumbres,
los que responden a fueros
durante siglos de aquel
Antiguo Régimen, feudo
de Arias y Saavedra quien
ejercerá su gobierno.

Es todo un orbe cambiante,
mistura de lo extranjero.
Economía precaria,
nacientes pasos del sesgo
de gentes de otros lugares,
asentándose en lo ajeno.

En todo aquel deambular
de tanto instante, en el medio,
aparecerá la imagen
de una Virgen; su pequeño
carecerá de un bracito,
mas, con el pulso del pueblo,
seiscientos años seguidos
se convertirá en modelo
de culto, de exaltación,
de rogativa: de afecto.

En el siglo XVI,
el año de mil quinientos
y noventa y tres, por señas
año ruin, sin lluvia, seco,
sobre las mares se cierne
todo un pirático asedio.
Son berberiscas las naves
de Xabán Arráez. Perverso
es el futuro que aguarda
al labrantío indefenso.
Es incursión de castigo
como respuesta a los hechos
de correrías ibéricas
en las costas del desierto
para hacer cautivos por
poblar los campos huérfanos.

Mas ahora son esclavos
los campesinos isleños,
mientras que quedan sus casas
arrasadas por incendios.

Se esconden los habitantes
mientras que campea el miedo.

Queda la memoria anclada
en tamaño desconsuelo,
causante de mucho tránsito,
de marcha y desplazamiento
mas, sigue la agricultura,
el proceder ganadero
y la recolección como
economía de sustento.

Serán los siglos siguientes
desamparo a campo abierto:
años ruines al desgaje
como veleta al venteo
caprichoso de las lluvias
en sembrados cenicientos.

Como la gavia a la espera
se forma carácter: seco.

Cuenta, como letanía
el campesino en su medio:
“Este es un año de lluvias,
en el mes entrante siembro
y en el periodo de estío
lleno de grano el pajero”.

Otro año: “Poca agüita,
deje ver si me mantengo”.
Por último: “Es año ruin,
año privado de invierno;
hay que arreglarse con nada;
gavias y ganado vendo.
Me marchó para Canaria
o Tenerife al acecho
de que anuncien la llegada
de una racha de aguaceros”.

¡Qué cayeron cuatro gotas!
“Viro para atrás, regreso
donde están las tierras mías.
Las compro”. Es otro el precio.

El hambre es la mercancía
de quien compró los terrenos.

“¿Puede pagar? Aquí tiene,
vuelve a ser suyo. Revendo.
¡Amigo! ¿No puede? Entonces
sea usted mi medianero”.

El carácter se moldea
por los caprichos del cielo:
se mezcla angustia, aspereza,
con tesón, calma, contento,
quimera y templanza; dotes
entre paciencia y empeño.

Se formará el amasijo
poquito a poco, en aumento,
del pertinaz con aguante
medurado, de lo recio.

Siempre es la historia quien marca
el andar de sus sujetos
y nuestra esencia responde
con arranque, con arrestos:
marcha este instante hasta octubre
del año mil setecientos
cuarenta, cuando navíos
ingleses buscan un término
donde arraigar la rapiña,
donde afanar en lo ajeno.

Desembarcan y reciben
como respuesta el apremio
con el que los pagos de
Tuineje, con el refuerzo
de Tiscamanita, Antigua
y Pájara, forman cerco,
más Casillas de Morales,
Las Pocetas y, con ellos,
Agua de bueyes, también
Los Adejes, aunque lejos,
y La Florida en empuje.
Siendo todos juntos, menos,
se enfrentan a lo ignorado
desconocido e inédito.

Derrotan al anglo por
la defensa por derecho.

En la segunda refriega,
toda la isla, de extremo
a extremo defenderá
“El valor del majorero”
según narra la cantata
que reproduce los hechos.

Todo quedara grabado
a modo de ensalzamiento:
memoria, orgullo, mistura
de vanagloria: lo honesto
en el origen, defensa
con igual valor que celo.

Finales del XVIII,
se fundan parroquias, templos:
La Oliva, Tetir, Casillas
del Ángel al norte; al centro
Antigua; // Tuineje y Pájara
al sur. Edifican credo.

Franciscanos, dominicos,
con la fe como cimiento.
Miscelánea forma el culto
con dogma, cesión y peso
espiritual dispensado
en territorios dispersos
do la religión construye
iglesias, y ermitas: templos
de recato en lo moral,
prácticas, cultos, misterios
misturados con los hábitos,
guiados por los preceptos.

El dogma se vuelve parte
del interior lugareño.



*Virgen de La Peña,
Reina y Soberana,
dadme vuestro
no se pierda mi alma.*

(Acompaña al timple Althay Páez. Voz de Mariví Cabo)



Aquí que llegan los años
de emigración por empleo:
familias que dejan todo
por embarcarse en lo incierto:
casa, era, gavia, aljibe,
alpendre..., se torna el término
de desamparo infinito
como el único heredero.
Estirpes, ramas, linajes,
Nuevo Mundo, mundos nuevos,
mientras se quedara, atrás,
el perfil del cementerio
sin más flores visitantes,
que cruces para el recuerdo.

La soledad por compañía
que acompaña por los restos.

La soledad como el ánima
que nos habita por dentro,
la nostalgia que se impone
por olvido, el aislamiento:
descuido por negligencia,
negligencia con manejos,
manejos por las tutelas,
tutela y sometimiento,
sometimiento al poder
del retiro como imperio.

Y la soledad habita
como sombras en reflejos:
refugio del panorama
anímico de destierro.

Tan solos hemos andado
que pisamos con denuedo
esa reclusión que habita
nuestro instinto, nuestro esfuerzo
patrimonial, un bagaje
con raíz, rama y provecho.

Desamparo por blasón
que aúna por protegernos.
Convivimos la raigambre
con los pesares por medio,
concebimos el cobijo
con puro retraimiento.

Redundamos la esperanza
de ese personal encierro,
cruzando mares oscuros
con el fondo más incierto,
hasta enraizar en América,
hogar de continuo apego,
donde edificar destinos,
donde plantar los desvelos,
donde labrar los países
que hoy retornan, con el tiempo
andado hasta los orígenes:
destino de otro comienzo.

Ayer, punto de partida;
hoy, lugar de acogimiento;
ayer fuéramos nosotros
lo que hoy resulta de aquello:
un vaivén de idas y vueltas
que lleva al indiano dentro.

Son siglos de emigración
sin más respuesta. Con ello
entramos al XIX,
otro siglo por comienzo
con atmósfera estancada
en atraso por cimiento.

En mil ochocientos doce
son los municipios hechos
según las mismas parroquias
insulares. Es el credo
religioso el que demarca
junto al empuje de Puerto
Cabras que un poco después
influye y se vuelve centro
de exportación de barrilla
y de cereales, comercio
junto a la pesca, de siempre
recurso de ribereños.

Se termina el Señorío
pero hay que poner un pero
porque el dominio lo marca
el Coronelato, eterno
regente de lo económico,
segador de los provechos,
quien habrá de acomodarse
en el mayorazgo recio.

Con más de doscientos años
imprime su actitud: el sello
de mando, de autoridad,
poderío, privilegio.
Siendo sus gentes tan pobres
obtienen tan rico feudo
cuatro apellidos mezclados
en continuo parentesco.

Mas un festín de tutores
con el Señorío se hicieron.
Se consolida una clase
con hambre por los terrenos
de cultivo por tener
social, político acceso;
fundaciones pías y
capellanías, en pleitos
desgranaron toda tierra
de patronos, herederos,
que oficiales de milicias
distribuyen, junto a clérigos.

Se sigue con la barrilla,
se continúa granero,
se es dispensario de carne,
aunque son cambios intensos
los que perturban la isla
pues se cierra el aposento
franciscano de Ampuyenta
-espacio de ministerio-
y vuelve la emigración
álgida en aquel trasiego
que hace desaparecer
lo que fuera Ayuntamiento
Insular por municipios
que ocuparán ese puesto.

Hay reparto de la costa
ganadera que sufrieron
las dehesas -donde Huriamen
y Mascona-, produciendo
un señor motín del norte
por conservar sus derechos.

Cómo de extraño sería
-traumático aquel proceso-,
que los bienes, las imágenes
sagradas de baptisterios
acabaron repartidas,
algunos cultos disueltos.
Se pierde la capital
de la isla en el revuelo
siendo Arrecife y Teguisse
administrativos términos.

Cabe preguntarse cuántos
dogmas, fervores, apegos,
devociones y costumbres
fueran los que se torcieron,
cuántos marcharon a América
en el enorme tropiezo.

Y aquí se haya el siglo XX,
días precarios e inciertos.

Todo pareciera igual,
aunque vislumbra el agüero
que en el tránsito que viene
serán otros los momentos:
vendrá don Manuel Velázquez
quien impulse con denuedo
la creación de cabildos
insulares. Hipotético
al principio, sin embargo
lo acabará consiguiendo.

Un referente de todos,
un particular ejemplo
del lugar que representa
el espíritu sureño
venido a más por defensa
de lo propio y de lo ajeno.

Condición que representa
al bienhechor y benévolo.

Ya es el año veinticuatro,
transcurso de siglo adentro
en el que nuestras planicies
acogen confinamiento
anímico del filósofo,
del escritor, del señero
de las letras, don Miguel
de Unamuno, aquel portento
que aportara dignidad,
orgullo, nobleza y mérito
al quehacer de sus gentes
a las que rinde respeto:
Fuerteventura un Oasis
Espiritual del Desierto
de la Civilización.
La forma en que aquel maestro
filósofo, articulista,
nos mencionara. Aquel genio
de don Miguel nos hará
causa de su fundamentos:
Legados de flor y fruto
-dice-, serán nuestros nietos.

Nos dejara don Miguel
fuerteventuroso el pecho.

Años de Guerra Civil,
incivil para el recuerdo.
Años de la Dictadura,
de caudillaje y manejo,
años en los que el contorno
de los andares isleños
fueran lugar de abandono
separación y receso:
Buenaventura Durruti
antes del Levantamiento,
la colonia de Tefía
donde van los prisioneros
de las tendencias humanas
por su proceder diverso,
y, algunos años después
serán los del Contubernio
de Munich. Resultan ser
que los cánones supremos
nos imponen, por mandato,
ser lugar de apartamentos.

El cultivo del tomate
se ensancha por propio ascenso,
hornos que producen cal
viva embarcada en los puertos
y, de pronto, todo cambia,
porque aparece el progreso
en forma peregrinada:
turístico veraneo.

Ya van los años setenta
apuntando hacia el otero.

Ya llega la Democracia.
Ya son otros los gobiernos.

A la par anda la isla
en sin par reclutamiento
por tantos cambios cumplidos,
por tanto vaivén interno,
por tanta metamorfosis
a la que se suma el Tercio
de La Legión, la cohorte
armada, todo un ejército.
Se va. Veinte años cumplidos
y aparece el regimiento
más antiguo en toda Europa,
legendario en tanto duelo.

Aquí estamos, a la vera
de la costa, construyendo.

Desarrollo, auge, impulso,
mejora, avance, proceso
de ajuste, cargo, acomodo,
destino, ventaja, arreglo
que mistura la mistura
que rueda amasando el vértigo
que viene a denominarse
adaptación al progreso.

Hoy se vive más conforme,
con mayor holgura. Ciertamente,
aunque, calidad de vida
responde a más altos términos.

En equilibrio, medida
y armonía está el sustento.

Nunca tanta identidad
sostuvo tan alto reto.

Serán tres pilares, tres
que sostengas tres momentos
de la historia humana que
conformarán el acervo:
-llegada de primitivos
moradores del desierto;
-arribo de los normandos
allá en el Renacimiento
y el canje de las costumbres
que se exhibe en lo moderno.

Nos toca reflexionar
el futuro como pueblo:
argamasa del paisaje
misturado con los tiempos.



*Virgen de la Peña,
Reina y Soberana,
dadme vuestro auxilio
no se pierda mi alma.*

(Acompaña al timble Domingo Rodríguez el Colorao)



El pueblo es el pregonero
de aviso y convocatoria,
el que guarda la memoria
de su pasado. El primero
que labra con el tintero
memorado lo profundo.
Firme, preciso, rotundo,
con la palabra palpable
troca en imagen salvable
el entorno de su mundo.

Deja rastro la memoria
en el pensar colectivo.
Somos lo mismo: cautivo
que guardián de nuestra historia.
Ya sea desgracia o gloria
bendita, se es recordada.
La vacilante jornada
que se dio o no se dio
resultará que quedó
como la huella pisada.

Patrimonio cultural
por declarante, testigo,
por confesor, por abrigo
de nuestro mundo ancestral.
Nada rememora igual
la pertenencia visible.
El futuro impredecible
tendrá como referente
aquel pasado elocuente
hecho legado tangible.

Por eso, la arquitectura
nacida en la casa cueva
o en piedra seca, se eleva
en patrimonial postura.
Restos de aquella cultura
son gambuesas ancestrales,
casas hondas y corrales,
los goros y los rediles
resistiendo sus perfiles
históricos como avales.

De estilos se puede hablar,
-de arquitectura diversa-,
que es aquella que conversa
heterogénea en su andar.

Se consiguió edificar
el Gótico y el Barroco
en las vegas, siempre al soto
Mudéjar, Renacentista,
en manos de tanto artista
y del tiempo, poco a poco.

Tantas capillas e iglesias
con el modo conopial
conjugado el ojival
arco de las peripecias.
Estructuras siempre recias:
bóvedas de crucerías,
con cubiertas a porfía
hasta de triple estructura
o doble o simple. Figura
gallarda su cantería.

La arquitectura civil
-la vivienda campesina-,
se conforma genuina,
rústica, franca, sutil.
Habitáculo pretil
para observar el pasaje
pues le revistiera un traje
de piedra seca enfoscada
por la casita albeada
en lo llano del paisaje.

La casona acomodada
de mayor envergadura
es cuadrangular figura
con patio central, orlada.
De dos alturas. Tocada
con la teja y el balcón.
Alguna ostenta el blasón
en soporte de anaqueles:
Casa de los Coroneles
como máxima expresión.

El diseño militar
como torre defensiva
para cualquier tentativa
de los ataques por mar.
Redondez particular,
marca de contraste y brillo
con pilastra por sencillo
sostén para sus ajustes.
Destacan Caleta Fustes
y la torre de El Cotillo.

Como figura contemplo
a la Virgen de La Peña
que es la bandera y enseña
de nuestro mejor ejemplo.
Proyectista de su templo
es su imagen encumbrada.
No hay pueblo sin su nombrada
efigie: artístico fruto
con calidad y atributo
de la creencia tallada.

La pintura de murales
en la ermita de Ampuyenta
simboliza y representa
los más valiosos anales.
Cuentan, también, ancestrales
retablos en Rococó.
El maestro proyectó
la simbología mística
y como la creencia artística
representada quedó.

En lo moderno del lienzo
destaca Juan Ismael,
el surrealista, aquel
genio de todo consenso.
También figura en el censo
Jorge Oramas, sin igual,
pintor por patria natal
su paisaje costumbrista,
el esplendoroso artista
nacido en Gran Tarajal.

Son Manuscritos Lulianos,
son Torriani e Isaac Viera.
Quien canta, Manuel Ferrera,
y Pedro García, ufanos,
nos juntamos de las manos
con Antoñito el Dulcero
y con Juanito el Cartero,
con John Mercer, La Señora,
Ángel Acosta y ahora
llega Antoñito el Farero.

Están Domingo y Manuel,
los dos Velázquez Cabrera,
está Juanito de Vera,
Suso Machín al pincel.
Jamete, Pablo Espinel
con Fonfín y María Estrada,
Violante de Sosa, en nada,
don Andrés González Brito,
Guize y Ayose en el mito
que encumbra toda jornada.

Son Álvaro Ortiz Ortega
con Juan Bautista Bolaños,
y, mostrando sus redaños,
Cándido Matoso, brega.
Fray Juan de Torcaz se entrega
de lleno a Eustaquio Gopar,
doña Olivia Stone, su andar,
con Navarro por cantante,
Tibiabín y Tamonante
forman un grupo sin par.

Marcos Sánchez y Macario
Batista, Joseph Ximénez,
Andrés Valerón. Ya vienes
Manolito Pichín. Vario
don Aristides. Almario
el de frailito Andrés y
Fefita Acosta y así
Domingo J. Manrique,
Nicolás de Medina. Aplique
a Candelarita, aquí.

Están Cuyen del Castillo,
Francisco Navarro Artiles
y Juan Domínguez: perfiles.
Eulalio Marrero, trillo
de lo popular; sencillo
es Juan Betancor García,
Mariquita Hierro. Pía
obra es el Auto de Reyes
parábola de las leyes,
navideña alegoría.

Claudio de la Torre está
junto a don Ramón Fernández
Castañeyra entre los grandes
que en la Historia quedará
Va San Diego de Alcalá
con Juan Rodríguez González.
Josefina Plá en anales,
Juan Ramón Rodríguez. Helo /
ahí, Sánchez Dumpiérrez, celo
de coraje por avales.

Pedro Camacho, Frasquita,
medico de los corderos,
junto con Roque Calero
y José Rial que invita
a consolidar. Incita
grupos de folclor de altura,
Raíz del Pueblo, figura,
con Más Ruines que Caín,
timple y rondallas sin fin,
Ópera Fuerteventura.

Quedan Blanca y Colás Nieves,
con Bonifacio Padilla,
Domingo Peña, quien brilla
junto con Hilario Estévez.
Requena lanzando redes.
Amparo Torres brotó.
Los Montelongo, Verneau.
Gumerindo Martel fuera
Junto a Silvestre Perera
quien de último se nombró.

Quedaron, naturalmente,
más grupos y personajes
históricos y, sin ambages,
pido su perdón clemente.

Es tanto lo recurrente:
el pintor, músico, armistas,
los escritores, artistas,
escultores, artesanos...
que cabrían en las manos
el triple para tres listas.



III

Somos los hijos de una misma casa
cercada por el mar que nos encierra,
mujeres, hombres, fruto de esta tierra
y este cielo, el hogar que nos abraza.

Somos presente, la obra que se enlaza
en la historia y el tiempo al que se aferra,
círculo actual, vigente que se cierra
formando como un pueblo su argamasa.

En cada paso nuestro, nuestra gente
trilló la misma huella precedente.

Emisarios pretéritos nos rigen,
orientan, propietarios de un legado.

Estamos al servicio del dictado:
“Lo original se encuentra en el origen.”

IV

Si somos quienes somos, los que han sido
transitan en nosotros; por su andar
revive cada fecha singular
veredas del camino recorrido.

Rigen los tiempos, cambios. Es latido
pulso, sabernos juntos. Gobernar
al interés que quiera doblegar
presente con pasado entretejido.

Espacios de horizontes diferentes
los marcan la cultura de sus gentes.
Mudanzas que vendrán, a buen seguro;
vaivenes de viraje y artificio,
mas, tenemos por pasado el beneficio:
la vocación de un pueblo con futuro.



(Canto improvisado a modo de romance con el siguiente responder:)

En La Vega peregrinos,
la Virgen Santa y el Niño.



Isla adentro
Senderos que laten memoria



Prólogo

Late.

El tejido de caminos late. Como un calado, encaje de punto duro, bordado de telas superpuestas, lana que se entrelaza en hilo áspero. Como una urdimbre de arterias, con vida propia. Porque al paso de los siglos, la huella de tierra roja, el paso descalzo, el pie cubierto de cuero, fue cubriendo el territorio de historias y trazos nuevos.

La isla late caminos, porque los suyos son senderos vivos.

Los primeros, cuenta la literatura académica, nacieron como surcos naturales allí donde se posaron por primera vez las pisadas de los primeros pobladores de la isla, un primer bosquejo en la tierra que tras la conquista fue utilizado por los europeos para, ya asentados en el territorio, “trazar sobre aquellas sendas y veredas, una serie de caminos que les permitiera no solo comunicarse dentro del perímetro insular, sino también con el exterior, a través de los puertos naturales, razón por la cual ambas realidades van a convivir durante años”. Lo cuenta Manuel Lobo Cabrera en su estudio *Las comunicaciones históricas de Fuerteventura: caminos y puertos* (Cabildo de Fuerteventura, 2021), que apunta, además, a la actividad ganadera

como responsable original en muchos casos de algunos hilos de esta red primigenia de senderos.

Crecieron, después, como conexiones necesarias. A partir de los siglos XV y XVI, señala el investigador, aumentaron las ramificaciones de vías con la llegada de nuevos pobladores, que a su paso fueron conformando núcleos rurales y, por tanto, también nuevas sendas que los conectaran (fundamentalmente dirigidas hacia la capital y centro neurálgico: Betancuria). Nace una nueva isla, transformada sin retorno por la llegada de los europeos, y nacen también caminos, conexiones, que ya entonces transitaban carretas, animales, pasos.

En el s.XVII esta red se consolida y continúa ampliándose, hasta conformar la que será base del sistema de comunicación terrestre que vertebrará toda la isla: “La red se desarrolla entre las vegas y los llanos de cereales, alejada de la costa, salvo por imperativos de acercarse a los puertos a cargar las mercancías en los barcos, apoyándose por tanto, en las zonas del interior, para comunicar las entidades más pobladas, fundamentalmente las cercanas a la capital de la isla, Betancuria. Así, a partir de este núcleo, los caminos alcanzan los pueblos de Pájara y Tuineje, al Sur, y Valle de Santa Inés y Antigua al Norte y Este, respectivamente”. También La Oliva, que conectaba a este enjambre de caminos como bifurcación desde el s.XVI, pasará a incorporarse, algo más tarde, con un camino que enlaza de forma más directa a la red de Betancuria, convirtiéndose en la senda en que desembocan todos los caminos del norte.

Apunta Lobo a que en el s.XVIII, atendiendo al registro que hace de la geografía insular del geógrafo real y cartógrafo de la época Tomás López Vargas de Machuca en su manuscrito *Diccionario geográfico de España*, son escasas las variaciones de la red insular a excepción de algunos nuevos tramos que van conectando más las poblaciones, siempre en dirección a la capital de la isla, Betancuria. Señala, además, que puede considerarse como camino “más antiguo y natural el que, partiendo de la Villa, continuaba por morrete de

Tegetuno en dirección sur, pasando en su recorrido por Vega de Río Palmas y valle de los Granadillos, para seguir en dirección sur hasta Toto, y, desde allí, a Pájara”.

Este, el más antiguo, y otros, que poco a poco vienen naciendo entre los siglos XVI y XVIII a galope del avance poblacional, son, a día de hoy, caminos que no resultan ajenos a los majoreros y majoreras que aún recorren a pie la isla.

Son las veredas y sendas que conectan Betancuria con el Valle de Santa Inés, con Río de Palmas, Antigua, Agua de Bueyes, Pájara, Tetir, La Oliva; son también las que, a su vez, se distribuyen en itinerarios entre pueblos, llanos y barrancos (estos últimos, menos transitados en la actualidad).

Para quienes conocen la isla, tramo a tramo; para quienes escucharon el relato de sus mayores, o aprendieron de ellos las veredas; para quienes en su infancia recorrieron distintos senderos en tiempos que la red de carreteras aún era muy primigenia y poco transitada; incluso para quienes, nacidos ya en este siglo, conocen la red de senderos, por vocación de caminantes o tradición familiar de peregrinación o camino de ocio hacia La Vega de Río Palmas con motivo de las fiestas patronales de Virgen de la Peña; a ninguno de ellos, a ninguna de ellas, le resultarán ajenos los itinerarios del s. XVIII que citan también los investigadores Antonio Santana Santana y Claudio Moreno Medina.

“Desde Betancuria, capital de la isla, se articulan los principales caminos. Hacia el Sur por Toto y Pájara, desde donde continúa por Bájrada y Tesejerague hasta La Florida. En este punto también sigue hacia el norte, por Tuineje, Tiscamanita y Agua de Bueyes hasta Antigua, que también comunica con Betancuria. Se configura así un circuito Centro-Sur que recorre El Macizo de Betancuria y los llanos interiores de Tuineje y Antigua. Hacia el Norte, desde la Villa, se sigue el camino del Valle, Valle de Santa Inés, que pasando por los Llanos de la Concepción, Tefía y Tindaya la comunica con La Oliva,

centro catalizador de las comunicaciones del Norte, organizando así la vía del Oeste de la isla. Existe otro camino principal hacia el Norte, por el Este, que lleva desde Antigua pasando por Casillas del Ángel, Tetir, El Time y Vallebrón hasta Tindaya” (estudio *La red de caminos tradicionales de Fuerteventura: bases geográficas para su estudio*, en VII Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote, tomo II; 1995). Los historiadores confirman en este trabajo que en el s.XIX persisten los trazados de caminos, ampliados en bifurcaciones que conectan nuevos tramos vecinales allí donde continúa asentándose la población, y apuntan al relato de viajeros ingleses, a finales de siglo, que dan cuenta de la situación de este trazado: “Aún no se han construido carreteras, y la comunicación (las conexiones) se realiza por caminos ásperos y descuidados, muy adecuados para el camello o el burro, siendo el primero siempre utilizado para las largas distancias” (Brown, A. Samler, 1889; citado por Santana y Moreno).

En las siguientes páginas, y a través del testimonio de los caminantes, el lector podrá sumergirse en los rastros actuales de algunas de estas veredas. Trazados que se mantuvieron en el siglo XX y que llegan al día de hoy. Caminos que, discretamente, durante siglos han recogido todos los pasos.

Algunos de ellos son nuestra misma historia: cargan la huella de los primeros pobladores; también la de los normandos, y la de castellanos, y la almagama de identidades que nos construye hasta hoy; cargan la marca antigua del hierro y la madera de carretas, la huella de camellos y burros; también la de los pies descalzos y los pies vestidos que en cientos de años han recorrido todos los trazos de la isla, cargando el peso de sus propias historias.

Se recopilan aquí testimonios de caminantes y peregrinos, de todas las edades, por todos los municipios, en un homenaje a los caminos y lo que significan para este siglo: fueron, para algunos, apenas un trazo que compartieron saboreando unas horas de su juventud; para otros, la única vía de acceso al agua, al comercio, a

otras personas y pueblos, durante muchos años de infancia, adolescencia e, incluso, edad adulta; para algunas de las personas que comparten su relato en estas páginas, los caminos hoy sirven como referencia para cumplir con una fé; para otras, son un mapa escrito en la tierra, isla adentro, que reverbera con la huella de sus mayores y que mantendrá, a través de los siglos, sus pasos hacia el futuro. Para todos, para todas, los caminos son la isla, una identidad profunda entendida con mil paisajes, llanura o valle, barranco o cima, jable o risco: Fuerteventura, la Fuerteventura profunda, la que aprendieron a golpe de historias, realidades comunes, identidades encontradas, son sus caminos.

La isla bombea veredas, con un respirar profundo, antiguo, que viene a nacer en el mismo centro: un centro hoy remoto, rodeado de valles, lomas, degolladas. Un centro que es un origen: toda la isla respira, pulso de ramas de un mismo árbol, desde la que un día fue capital y primera villa: Betancuria.

Apenas a unos kilómetros de este centro, en la profundidad del valle, del barranco, la pequeña figura de una virgen, imagen humilde para un pueblo humilde, se mantiene firme, más allá de lo religioso: devotos y no devotos, creyentes y no creyentes, se lanzan al camino una vez al año rumbo a La Vega de Río Palmas, en celebración de sus fiestas, en celebración de La Peña.

Una isla entera, una vez al año, venera, conmemora, celebra el camino.

Sirvan estas páginas para rendir homenaje a todas las huellas, siglo tras siglo, que lo han pisado, trazado, construido, rumbo a la patria chica, rumbo al país profundo, rumbo a la tierra y la memoria: isla adentro.

Asunción Alonso Padilla (Valle de Santa Inés)

Valle de Cerés – El Peñón de Betancuria – Vega de Río Palmas

Valle de Santa Inés – Lomo de la Cuesta – Betancuria – Vega de Río Palmas



En el lomo del Peñón, el vestido de una muchacha viene atravesando el tiempo. Rompe el aire, paso ligero, y ondea con la fuerza del ventoral de este filo de montaña. Supera las rocas, no tropieza en una laja, y va saltando, trote de la memoria, por encima de aulagas, tierra roja, polvo viejo del tiempo. Viene horadando el aire, desde el Valle Cerés. Viaja, caprichoso recuerdo, desde los años 40 del pasado siglo. Y aterriza bailando, magia de la memoria, en los ojos de Asunción Alonso Padilla.

Así son los días felices: un salto de ochenta años, una pared llena de fotos, el retrato en blanco y negro de tres hermanas sonriendo a cámara, la mirada de la persona más longeva del Valle de Santa Inés recordando su paso joven, su paso firme, hasta La Vega.

Como si recogiera su recuerdo con las manos; como si lo abrazara y lo acunara con ternura; como si vibrara delante de ella, allí mismo, a la vista de todos, en el recibidor de la casa. Así recupera Asunción, una y otra vez, la imagen: su vestido nuevo, tejido limpio de color impoluto, atraviesa el sendero, supera el Peñón, rebasa el viento duro de la cima, avanza al peso del sol y, a la altura de los tabaibales, cardoneras, corta vegetación a ras del suelo, se rompe, todo a lo largo, con un chasquido: “Iba para la Vega con mi hermano, yo iba estrenando un traje. Atravesamos por el Peñón, pasamos por el centro para allá. El viento me lleva el vestido y se traba un espárrago¹. ¡Se le formó un siete grandísimo...! En La Vega, ¿en aquella casa que está por encima de la iglesia...? Allí vivía una señora que nosotras conocíamos: Mariquita Perera. Allí fui. Ella me quitó el traje y me lo apuntó allí mismo. Me lo cosió entero para que pudiera gozarme la fiesta”.

Asunción se crió en Valle Cerés, en el seno de una familia que, a golpe de una guerra civil que les mató a los hijos varones, se con-

¹ Espárrago, esparraguera común o rabo burro: arbusto trepador, o enredadera, de tallo delgado, flexible, sin espina, generalmente presentes en áreas de cardón o tabaiba.

virtió en una casa toda de mujeres: siete hermanas, un hermano. (“Éramos siete hermanas y un hermano porque a mi madre le mataron dos hijos en la guerra. Uno lo mataron y otro se enfermó con una pulmonía, y por lo visto estaba lloviendo y estaba de maniobras y con aquello tuvo pa’ morirse. En Zaragoza estaban, para allá pa’ la península”). Por el único hermano varón que le quedaba, pidiendo que no se hubiera caído a un pozo en una noche que tardó más de la cuenta en volver con un carrete para guindar, Asunción hizo la promesa mayor que ella recuerda a la virgen: La Peña cumplió, dice, y ella pagó rodeando de rodillas toda su iglesia en La Vega.

Pero la suya no es una memoria enturbiada en la tristeza, en las malas noticias, en los años ruines. La suya es una evocación luminosa de todo lo que hubo de alegría en la infancia y juventud entre los rincones de una casa llena de trabajos. Por eso en su recuerdo de las fiestas de la Peña, a Asunción las palabras de sus padres antes de salir hacia la vereda le producen hoy cariñosa risa: “Mi madre cuando salíamos le decía a mi padre: ‘¡...Muchacho! ¡Pero dile a estas muchachas todo lo que tienen que hacer mañana!’, y él le decía: ‘¿Qué les voy a decir? Ellas saben’. Porque sabíamos. Allí cuando se volvía de la fiesta no había cama. Cuando llegábamos (si era a las cinco de la madrugada, las cinco) se quitaban aquellos trapitos de la fiesta, se ponían los otros trapitos y ya: ¡A coger el balde y pa’ la gañanía! A ordeñar las vacas, lo primero que hacíamos, después de allí a un corral que está abajo en el barranco a ordeñar las cabras y las ovejas, y después a arrancar y a coger hierba... Íbamos donde queríamos pero no fallábamos en el trabajo. No, para nosotras no había cama”.

El sendero de juventud de Asunción era uno trazado por tantos otros, y además de los trabajos, los detalles de la fiesta, las promesas familiares, ella no olvida los caminos. “A la Vega de Valle Cerés unas veces íbamos por la Villa (Betancuria) caminando, otras veces por el Peñón que llaman, por el centro para allá. ¿Y sabes lo que hacíamos? Cuando llegábamos, llevábamos otros zapatos para ponernos

los nuevos cuando llegábamos a donde íbamos a estar en la fiesta. Nos criamos en Valle Cerés, en las montañas aquellas, arriba, y de allá salíamos caminando a las fiestas: a la Antigua, a Ampuyenta, a la Vega y hasta aquí al pueblo este (Valle de Santa Inés). Íbamos caminando porque no había carretera en ese tiempo, antes la carretera era de Pájara a Betancuria, nada más. ”.



Cuenta que antes que ella, y su entusiasmo joven, el camino lo recorría para las fiestas su madre, que aprovechaba la fecha para

vender allá roscos que hacía en el horno y ceretas, cestitos de junco, cestos de palma que sus hijas se esmeraban en trenzar a lo largo del año. Por las noches, arremolinadas juntas en la habitación, desgranaban el día mientras tejían. “¡Chiquillas...! ¡Dejen eso y váyanse a acostar que mañana no se levantan!” cuenta que interrumpía la madre de cuando en cuando. “Ella cargaba el burro de cestos y lo llevaba a vender en La Vega en la fiesta”, relata Asunción que dice que ya entonces la madre seguía el camino que atravesaría ella años después:

“Bajaba por Betancuria, y otras veces, para no llegar a Betancuria, bajaba por el lomo del cementerio para abajo, iba por el barranco”.

Su hija Juana, que la acompaña, suma a este relato otro camino que Asunción ha descrito en muchas ocasiones: “Había un camino por el Peñón, por las casas, por el alto. Hay un camino que cruza de Gran Barranco. Ella bajaba por ahí con el burro y después barranco abajo, aunque barranco abajo era lo que el barranco corría. Se hacían los caminos porque iba caminando todo el mundo”. Estas mismas veredas, conocidas a golpes de verlas y recorrerlas con la madre, fueron los caminos también de las hijas, que años más tarde usarían para poner rumbo a las fiestas.

Dice que podía acortar la distancia de Cerés a La Vega en unas cuatro o cinco horas y que algunos años incluso podían ir desde la mañana, para estar en el pueblo desde mediodía: “Unas veces salíamos temprano porque antes había fiestas desde el jueves por la tarde, y había turroneiros, puestos en la plaza de la Peña. Había puestos de almendras, de tunos (¡Se veían las cestas llenas de tunos allí...!) y venía un hombre a sacar la foto con una máquina de fotografías que no era como las que hay ahora... ¡Vamos, ni cosa parecida!”. Aquella fiesta, para las que a veces las jóvenes teñían con esmero en sus calderos los antiguos trajes para ponerlos nuevos, estrenando colores, ha quedado bien grabada en la memoria de Asunción, que a sus cien años no ha olvidado ni un solo detalle: “Allí iban unos paseando:

si tenía pareja, con la pareja, si no la tenía, pues paseando sola. Y después a bailar: se bailaba por las tardes allí, era muy divertida la fiesta de la Peña. Y la gente se apuntaba, mucha gente, venía gente hasta de La Oliva y de todos los sitios, caminando”.

De Cerés al Valle de Santa Inés

Poco a poco, las siete hermanas fueron encontrando sus novios, casándose y dejando atrás el Valle Cerés. Primero fueron las mayores: una hermana a Pájara, otra a Los Llanos. Luego le llegó el turno a Asunción, que formó su casa, y su familia, en Valle de Santa Inés. Ya no se movió de allí.



Dice que desde el Valle hizo varias promesas a La Peña, que pagó hasta con los niños en brazos. “Cuando eso no había carretera. Yo iba a ir a la Vega, a la Peña. Pues los cogí y como eran tan chicos (me llevé dos, me acuerdo) iban metidos en el cerón de la burra: yo arriba y ellos en el cerón. Me acuerdo”. Asunción sonríe con ternura al recuerdo de Mateo y Manolo, sus primeros hijos, sus hijos mayores, cuando aún cabían en los pocos palmos de un cerón. Más adelante, fueron pocos, dice, sus andares a la Vega, aunque sí subió alguna que otra vez, los niños de las manos, el gofio amasado con aceite y azúcar en el zurrón, para, una vez en La Vega, debajo de

un árbol, colocar un mantelito en el suelo, sentarse juntos todos a comer y celebrar las fiestas.

Y aunque ella cree que fueron solo con promesa las veces que peregrinó, su casa, que se levanta sobre la loma del Valle, era lugar de tránsito de caminantes y sí recuerda que en todos estos años han sido muchos los peregrinos que, en cualquier época y sin hora, cruzaban delante de su puerta: “Bastante que han pasado por aquí, de noche, y de día. Yo me acuerdo estar aquí hasta las tantas de la noche y sentirlos cantando por ahí atrás que pasaban”, relata. ¿Pedían agua, llamaban a la puerta? “Una vez o dos sí vinieron. Mi hijo habló con uno y le di un bote que tenía de crema porque venía todo lleno de llagas. Se llevó el bote aquel con la crema para ponerse. Eran de La Oliva, porque de La Oliva solía ser la gente”.

También su hija Juana (Juana Brito Alonso) recuerda el trasiego de caminantes que se colaban en la tranquilidad del pueblo. “Eran del norte. Recuerdo estar lavando en el estanque que tenía mi madre y verlos pasar por allí, descalzos y casi desnudos, en calzoncillos o en pantaloncillos cortos. Nosotras nos reíamos mucho porque estábamos lavando y veíamos aquella gente pasar”, se ríe. Para ella, el camino de la Peña ha dejado también imágenes imborrables, como las de los camiones que atravesaban el pueblo: “Eran del norte, sí. Me acuerdo que venían en camiones llenos hasta arriba de gente. A nosotros también nos venía a buscar un camión de la Vega de Río Palmas, que eran amigos, y nosotros íbamos sentados ‘alante, todos allí apretaditos. Era por la carretera actual, pero era una carreterita estrecha, no como ahora: cuando ibas de Betancuria a abajo era de tierra. No estaba ni asfaltada”.

Los caminos de Valle de Santa Inés los recuerda nítidos. Para Juana sí son sus caminos de infancia y juventud (“De pequeños íbamos todos caminando con mis hermanos mayores”) y sabe distinguir aún su trazado. Madre e hija relatan que los caminos tradicionales que salían del Valle, aunque aún son reconocibles, han quedado inte-

rrumpidos con los años en distintos tramos, por obras de carretera o por fincas privadas: “En la subida, cuando se hizo la carretera, hay caminos que se interrumpieron y ya están rotos, no puedes cruzar, sólo puedes por la carretera. Dejaron el principal, que es el que sube hasta arriba. Arreglado está el que decimos de la Vega Vieja, que va al Morro de la Cruz”, pero señala que este último, el favorito de senderistas, era el menos transitado por las gentes del pueblo por ser el más lejano y por su orografía, más pendiente. Se trata del sendero de la Vega Vieja (Morro de la Cruz), que se mantiene hoy, arreglado como ruta histórica y sendero natural de la isla. A este se sumaría otro camino que en la zona se conoce como el camino de El Chorrillo, que también asciende desde el pueblo y va a dar al Morro de la Cruz, subiendo el lomo de los Negrines.

Sin embargo, el preferido por Asunción es el que un día fue el camino general del pueblo, que conectaba con el norte y con Ampuyenta y la zona central. Se cuela por la espalda de la iglesia, y sube por el Lomo de La Cuesta y, aunque hoy está interrumpido por terrenos privados, para los vecinos y vecinas de su tiempo siempre será el principal. Para él tiene Asunción un cariño, envuelto en un recuerdo especial: la imagen de un enorme peral, rebosando de fruta en la temporada, al margen del sendero de la finca que, dice, había sido “de Ramoncito González”. “Era un peral gigante. Recuerdo que mi padre subía al norte a llevarle a Ramoncito peras. Iba cargado, cargado de peras”.

Ella no lo sabe, pero la imagen del peral, recortado contra el cielo, rebosando fruta en la tierra seca, no solo brilla en su memoria. Porque este peral, el que ahora sabemos de Ramoncito González, el que ella confirma valedor de frutos, el que cargaba a la camella del padre bajo montañas de peras, es el signo que los peregrinos del norte usaban, según cuentan, para encontrar el camino, montaña adentro. Es hermosa la memoria y su rastro (un traje en el viento, un peral repleto, un cerón con dos niños), cuando se cuela, centelleando vida, a través de los siglos.

Miguel González Guerra (Villaverde)

Villaverde – La Oliva – Tindaya – Montaña Quemada – Molino de Tefía – Montaña Bermeja – Los Llanos – Valle de Santa Inés – Cuesta del Valle - Betancuria – Vega de Río Palmas



Los pies de Miguel González Guerra guardan el trazo del camino.

Nace, cuenta, en la laja blanca de la ermita de San Vicente Ferrer, en Villaverde, y avanza en paralelo al asfalto hasta bordear el cementerio de La Oliva, donde se desvía hasta la pista de tierra y rompe, campo a través, hasta Tindaya. A la espalda de la Casa Alta de Tindaya, se aparta, zapatos ya cubiertos de tierra, hasta caer al sendero de Montaña Quemada, a la sombra del monumento a Miguel de Unamuno. Desciende aquí hacia la Rosa del Coto, la Rosa de Ocalia y atraviesa el tablero de Las Casitas, para encontrarse con el molino de Tefía y el albergue juvenil (antigua Colonia agrícola penitenciaria) del lugar y tomar rumbo sur hacia Montaña Bermeja. Una vez allí, bordea la montaña por la falda para dirigirse a Los Llanos, siguiendo el que González describe entre risas como “el camino más largo” que jamás ha recorrido (por Llano Leme): “El tramo más difícil es desde que pasas el monumento de Unamuno hasta llegar a Los Llanos. El llano es muy grande, es la parte que se hace más largo el camino porque, encima, ves arriba el pueblo y piensas siempre: ‘Ya llego, ya llego, ya llego’. Pero no llegas (risas). Es bastante largo”.

Una vez atravesada esta larga llanura, sin altos ni descansos, sin agua (asegura), sin sombra, los pasos de Miguel González se detienen por primera vez en Los Llanos, el primer pueblo donde compra y toma agua, antes de continuar por el camino (que asciende por barranco de Tabordo, en la cara noroeste de Lomo de Tetir) hasta el Valle de Santa Inés. “En el Valle hago la subida que está pasando la iglesia, subo hasta llegar a la entrada de la subida a Morro Velosa. Ahí bajo el barranco a Betancuria”. Este tramo, camino histórico, no es otro que la Cuesta del Valle (o, como es conocido por los vecinos, Lomo La Cuesta), la vereda tradicionalmente recorrida por todos los peregrinos del norte para salvar el obstáculo de Morro Velosa. La degollada de Corrales de Guise es el punto de bajada, un lugar reconocible en la actualidad para los caminantes por las estatuas de Guise y Ayose que coronan el mirador.



El descenso serpentea hasta Betancuria (“Un buche de agua y jumo”, bromea) y continúa, en la base del barranco, hasta la Vega de Río Palmas.

Son casi 40 kilómetros y González los ha recorrido durante treinta años consecutivos, en pago de una promesa. Lo hizo en solitario y siempre a paso ligero, y asegura que la hora de salida fue siempre el peso de mediodía: “Es una hora que no encuentras muchos

peregrinos. Yo intentaba siempre llegar a mi ritmo, intentar no pararme”, apunta. Siguiendo su paso, con la salida al mediodía desde Villaverde, Miguel González Guerra solía llegar a La Vega entre las siete y las ocho de la tarde. “Antes, el festivo era el sábado y ya me quedaba desde el viernes allí a la fiesta”, cuenta y apunta que para él las fiestas de La Peña son, además, un punto de encuentro: “Lo bonito de la romería es ir caminando, hacer tu promesa, hacer el sacrificio, y, luego, conocer mucha gente. Conozco mucha gente de la isla y ahí realmente es el encuentro”.



Ahora, ya cumplida su promesa, mantiene el camino pero en compañía de sus hijas, en una travesía nocturna que parte de Villaverde en la noche del tercer jueves de septiembre: “Llegamos a las diez, once de la mañana del viernes. Yo después vuelvo en coche para cambiarme y subir de nuevo, ataviado para la romería”, cuenta divertido.

Cuando comenzó a recorrer su camino, Miguel tenía 22 años. Cuenta que, hasta el momento, nunca había ido andando a La Vega. Cumplida, a los 52 años, su promesa, se lanzó a un nuevo compromiso: hacer un camino de cada municipio. De todos los senderos que ha recorrido, su vista favorita quedó en el sur: “Los caminos de Tuineje y de Pájara, las vistas. Quiero repetirlos algún día cuando

la isla esté verde, me ha tocado hacerlo siempre en la época que está seco. Los paisajes, sobre todo el de la zona del Granadillo, son espectaculares”.

Este peregrino cuenta que su andar tiene “un poquito” de promesa y “otro poquito” de disfrute. Del paisaje, de la soledad y de las horas con la isla, por todas sus lomas, por todas sus veredas, desde todas sus vistas.

¿Se ha perdido alguna vez? “Yo en Fuerteventura, nunca”.



José Antonio de Vera Lima (Tetir)

**Valle de Tetir – Degollada de Facay – Tao – El Robadero (de-
presión que continúa el cauce del barranco de Los Molinos) – Los
Llanos – Lomo de Tetir – Valle de Santa Inés – Morro de La Cruz
– Gran Barranco – Betancuria - La Vega**



La abuela Carmen solo caminaba con la luna llena.

Solo caminaba con luna llena en la noche, entiéndase, porque en el día, pie detrás de pie, recorría todos los senderos que estuvieran a su alcance y su paso la llevaba a Tindaya, a La Matilla, a Tefía, a Gran Barranco. Pero a La Peña, en concreto, solo marchaba de noche y esperaba a la luna llena: la luz fría la protegía de caer, pisar en falso, confundir una aljibe, desviar una senda. Podía recorrer la distancia de Tetir a La Vega de Río Palmas en solo unas horas y a su paso, tras el frufú de su vestido negro, solo iba dejando las pisadas, hondas en la tierra roja, plateadas de luz de luna. La abuela Carmen (Doña Carmen Marichal Peña, *Carmita* para los vecinos de Tetir) pisaba fuerte con sus zapatos viejos: los nuevos, sin duda el lector lo sabe, se reservaban siempre para entrar en la fiesta.

José Antonio de Vera Lima recuerda sus pasos. También vivamente la primera vez que él y su hermana la acompañaron a La Vega de Río Palmas por primera vez, en un camino que hoy continúa recorriendo en solitario. Era 1975 y él tenía catorce años. Acababan de regresar, junto a sus padres, de El Sáhara.

“Fue el último año que fue ella a pie y el primero que fuimos nosotros. La casa de mis abuelos, hoy una ruina con los techos algo abiertos, se encuentra arriba, camino al Valle de Tetir. Desde allí salían mis abuelos y mis tíos, y allí se reunían para salir. Muchas chicas del pueblo venían para ir con ellos a La Peña”, relata. De aquella primera vez recuerda haber esperado hasta la una de la madrugada para echarse a la vereda. “Mi abuela conocía el camino. Ella salía cuando la luna estaba arriba, así veía, no necesitaba linterna. Salía con esa luz: esperaba a que la luna estuviera alta para poder cruzar los riscos que eran más difíciles y continuar después todo el camino. La luna le alumbraba hasta que empezaba a hacerse de día”, recuerda.

El sendero que rescata su memoria traza una ruta que hoy queda interrumpida aquí y allá por algunos cercos de terrenos privados. Sin embargo, bordeándolos en estas franjas Vera Lima ha mantenido



suelto año tras año el polvo fino y bermellón que también ensuciaba los zapatos de *Carmita* en el camino original. “De Tetir, saliendo de El Sordo, pasamos el Valle de Tetir, bajamos la Degollada de Facay (aquí hay hoy día un pequeño trocito interrumpido con una cerca metálica que bordeamos). En este punto, encontramos unas higueras y aún hay dos mojones que marcan el camino en Facay. Después de bajar la Degollada y dejar la fuente de Facay, pasábamos a Tao; de

Tao a una depresión por donde pasa el cauce del barranco de Los Molinos (el que viene de la cabecera, esa zona que llaman El Robadero²; de la zona de El Robadero continuábamos a Los Llanos, y con mi abuela seguíamos por el lomo en que está el molino (Lomo de Tetir) que une Los Llanos y Valle de Santa Inés”. A partir del Valle de Santa Inés la vereda es más conocida: es el punto que reunía a peregrinos del norte y centro de la isla en el último tramo hasta La Vega. “Desde el Valle de Santa Inés en aquellos años de mi abuela, probablemente había una vereda para llegar al corral de Guise (donde hoy está la estatua de Guise y Ayoze) y en esa degollada cruzar la montaña de la Cruz³ y por la parte norte damos a la cabecera de Gran Barranco. Si descendemos aquí, es el cauce que nos lleva a Betancuria y, después, por el mismo barranco de Betancuria, hasta la Vega. Mi abuela subía por ahí, o por otro camino que llaman Cabeza de Buey, que viene de Santa Inés a Gran Barranco”.



No sorprende a José Antonio el intrincado tejido de caminos que los pies de su abuela conocía de forma instintiva. “Para nadie

² En la toponimia oficial, El Bebedero.

³ La toponimia oficial es Morro de la Cruz.

que tenga una familia en la que se conduzca ganado sorprende. Los suyos eran caminos que creemos hacía desde niña para llevarle el almuerzo a su padre: nos contaba cuentos de la zona de Tao, de Las Escuderas (lo que hoy llamamos Las Parcelas); salían de esa zona hasta Gran Barranco, para llevarle comida al padre que estaba arando, luego volver. Otras veces desde Las Escuderas iban a la zona del (barranco de) Amuley cerca de El Matorral, porque llovía por ahí, y conducían a los ganados, o hasta Cofete (su hermano) para conducir el ganado y ‘disfrutar el verde’ que le dicen”.

De la memoria al paso

“La vez que fuimos mi hermana y yo con mi abuela se hizo de día por El Robadero, pasando de Tao hacia Los Llanos. En esa depresión hicimos una parada y comimos algo de lo que traía mi abuela (queso o bizcocho) y seguimos caminando para llegar allá casi al tiempo de la misa y la procesión”, recuerda. Dice que el camino con la abuela Carmen era más rápido (“No había paradas, ni parrandas, claro”, ríe) y que llegaban a La Vega siguiendo el trazado que ella conservaba firme en una memoria de obligado respeto por el sendero.

De los años posteriores, en que ya los nietos caminaron solos, de Vera Lima recuerda haber aprendido muy sencillamente por qué se debe andar siempre con la luna llena: “La primera vez que fuimos solos, me atreví a hacer el camino que había hecho con mi abuela: nos perdimos bajando Facay. Salimos al oscurecer, no había ni luna, ni nada; teníamos una linterna con un par de pilas cuadradas y aparecimos en una cerca de cabras: no sabíamos ni dónde estábamos. La siguiente parada, cuando encendimos linternas, estábamos delante de un pozo (sin obra y sin nada). Veíamos solamente un mato por un lado y un pozo. Eso nos dio en el estómago”, explica. Cuenta que para encontrar el sendero de nuevo, aguzaron el oído, a la espera de que aparecieran otros caminantes: “Cuando nos pareció oír el rumor de gente de lejos, unas voces que se oían, empezamos a imitar el canto de los alcaravanes; pero al oírlo se asustaron. Empezaron a

correr y nosotros oíamos más fuerte y rápido los pasos, seguimos ese sonido y dimos con la carretera, completamente a oscuras porque ya íbamos perdidos y sin luz. Iban por carretera en dirección a los Llanos. Luego, ya en La Vega, los volvimos a encontrar: eran tres mujeres y dos hombres, y habían venido desde Casillas. Al conocer la historia se rieron mucho: “¡Mira de lo que estábamos huyendo nosotros...!”. Una vez en los Llanos, y pasado el alivio inicial, el grupo pudo retomar tras un breve descanso en la tienda del pueblo, cuenta José Antonio, el camino original hasta el Valle de Santa Inés y de allí a la Vega.

Del paisaje del camino, quedan grabados en el recuerdo, como fotografías de un álbum interno, los perales que daban sombra en una finca de la zona de El Bebedero (“han ido desapareciendo”, apunta), el peral que abría camino del Valle, la flor amarilla de la *ropavieja* que cubría las laderas de Betancuria los años de lluvia, algunas corrihuelas y sus flores rosadas adornando cerca de los riscos. Pero quizás la gran nostalgia del paisaje para José Antonio Vera Lima era el baile de hojas de los almendreros: “Las laderas de la Vega de Río Palmas, en la zona del Risco del Carnicero y también en la subida a las estribaciones del Morro del Convento, estaba todo lleno de almendreros. Se han ido perdiendo. Era típico llegar a La Vega y comprar almendras (casi siempre sin pelar). El entorno era zona de almendreros y la gente, creo, se sacaba su dinero en los locales con el tiempo de las fiestas. Frutos no perecederos que era típico ir a buscar en los días de fiesta”.

La Peña de José Antonio de Vera Lima no es solo un camino, ni una fiesta. No es tampoco una voluntad religiosa, sacra. Es el conjunto de pasos de la abuela Carmen, y la música en las paradas del camino; el abrazo anual con amistades de Pájara a Lajares, el paisaje desnudo que sobrevive en la isla, amanecer en la vereda; parrandas, cuerdas que viajan por los largos senderos, la voluntad de encontrar en la tierra el paso, la alegría de la música en el destino. Porque, aunque no hay una sola forma de entender el camino, sí hay siempre

una senda más allá de donde llega el pie: profunda, personal, viva.
Es la huella de la memoria.



Diego Calero Nolasco (Casillas del Ángel)

Casillas del Ángel – Barranco de (Llano de) las Pilas – Barranco de El Vallito – La Capellanía – Almacigo – Valle de Santa Inés – Betancuria - La Vega



El camino, dice Diego Calero Nolasco, lo conocían desde niños. Era una vereda de tierra que se levantaba loma arriba, y luego abajo, serpenteando las llanuras hacia El Almácigo. La conocían, cuenta, porque acostumbraban a recorrerla en temporadas de caza que, en la época, era subsistencia y también un juego de niños. Podían ir hasta el Valle a oscuras: “Nosotros lo conocíamos como la palma de la mano. Normalmente salíamos al oscurecer, no veíamos mucho, pero al paso íbamos sintiendo las perdices: al bajar abajo, esa zona que se bajaba de la Degollada por tierra, sentíamos las perdices que estaban metidas en las tabaibas. La escandalera que llevaríamos nosotros y se sentían salir”.

El trazo de caminos hasta la Peña se transmitió de generación en generación (“desde los antepasados”, cuenta), y el tercer fin de semana de septiembre era normal encontrar a los jóvenes de Casillas del Ángel arremolinándose alrededor del Bar de Felo, en la plaza. “Desde pequeños, con la pollería, salíamos bien de la plaza, bien del bar que decíamos de Felo, donde se hacían los bailes. Desde allí nos reuníamos y salíamos. Empezabas a ir bien chico, con doce años, creo que la primera vez que fui fue en 1973 o 1974”. Por entonces, apunta, la ruta se hacía, en la mayoría de los casos, de ida y vuelta a pie, en una isla en que los vehículos privados aún eran un privilegio: “¿Coches, en la época? Las guaguas de Paquito, que tenía media docena y para de contar. La mayoría de la gente volvía caminando después de hacer las ofrendas”.

El sendero que nombra Diego Calero nace en la plaza de Casillas del Ángel y culebrea saliendo del pueblo por el barranco que cruza el Llano de Las Pilas, hasta enganchar con el Barranco de El Vallito. De allí, continúa hacia el Oeste (hacia el Valle de Santa Inés) hasta alcanzar la extensión de La Capellanía y una vez llegados aquí, la ruta se mantiene “alstando por los llanos, hasta un trozo de barranco (barranco de La Capellanía) y llega a Almácigo”. “En El Almácigo cogíamos un camino que llevaba directamente a arriba, al Valle (de Santa Inés)”, apunta Diego, haciendo referencia a uno de los caminos

históricos que crecieron, con el paso de los siglos, como senderos secundarios que ligaban las poblaciones agrícolas a los caminos reales conectados a Betancuria o, en otros casos, a fuentes y pozos de agua, o a puertos históricos.



Llegados al Valle de Santa Inés, Calero relata que tras una primera bajada hacia el barranco de la vertiente suroeste del pueblo (Ba-

rranco del Valle) comenzaba el ascenso hacia Morro Velosa, ahora sí, siguiendo un camino que se remonta a varios siglos: “Es la zona donde está el teleclub, y que ahora cruza una carretera. Se subía el lomo para arriba hasta llegar a la Degollada de Velosa, y de ahí bajábamos por pistas de tierra hasta la Villa de Betancuria, luego el barranco hasta la Vega”. Sobre la duración de la travesía, Diego señala unas pocas horas, pues en la misma noche se alcanzaba destino: “Al oscurecer se salía y sobre las doce de la noche llegábamos abajo. Dependiendo de la hora de salida, podíamos llegar de madrugada sobre las tres, cuatro o cinco algunas veces”.

El camino, ríe Diego, “se truncaba algunas veces” por los encuentros. “En los Llanos paraba mucha gente (la que venía de La Matilla, de Corralejo, de todos los sitios, era raro quien no paraba allí). Muchas veces el camino se trucaba allí porque era donde se formaban los tenderetes y aguantaba hasta bien tarde. También veíamos a toda la gente del sur. Era una época en que nos conocíamos prácticamente todos”. Si se retrasaba la llegada a la Vega, asegura él, era con gran probabilidad “por perderse... Pero en la parranda”. Tal era la tradición de reencontrarse en la ruta hacia la Peña que, por una noche, el pequeño bar de cada pueblo del camino se convertía en una apretada, ruidosa y viva oportunidad de festejar, de mano en mano guitarras, tipples y lapas.

Sin embargo, de vez en cuando el camino erraba sin parranda y un año, admite Calero, la vereda jugó al escondite. “Hicimos la subida y en lugar de llegar por el lomo donde hoy día están las estatuas del Mirador de Guise y Ayoze, fuimos a dar por el otro lado. Por arriba llegamos a Campo Viejo, a la vista de Campo Viejo. Ahí nos dimos cuenta de que aquel no era el camino real y tuvimos que volver hasta encontrar un trozo de carretera, que coge la curva, para orientarnos. Perdidos total”.

La confusión de veredas en la subida al lomo Veloso es un común de los viajeros, pues entre los senderos reales y tradicionales,

usados antaño para recorrer las largas distancias de una isla hostil, árida y extensa, a pie, la sucesión montañosa que separa Valle de Santa Inés de la vertiente suroeste que da a Betancuria y La Vega, cuenta con algunas bifurcaciones y distintos caminos. Por eso, en la subida del Valle, pasada la ermita, al tomar el camino hacia lomo Veloso es común que los caminantes se extravíen hacia otra vereda: la que asciende al Lomo de Campo Viejo y que, posteriormente, puede dirigirse hacia el camino de lomo Veloso recorriendo la Cabezada Lomo Buey en dirección Este. Este extravío puede resultar en varias horas perdidas, pues en la noche la sucesión de lomos y morros desorientan al más avezado: “Fue la única vez, es verdad, pero sorprende porque uno conoce aquello. Aquella vez no sirvió para nada. Alguien nos equivocó el camino”.



Y si en esta ocasión el camino se hizo más largo, hubo otra que desde Casillas del Ángel muchos recordarán como el camino de La Peña más rápido: el año que en las fiestas patronales actuaba Taburiente. “No me hables de Taburiente”, responde Diego, entre risas. “Yo terminaba de trabajar a las diez de la noche. A esa hora subí a Casillas (del Ángel) y un compañero subió conmigo. Salimos tarde,

a las diez y tanto: salimos corriendo, corriendo todo el camino desde aquí hasta la banda, porque el concierto se hacía cerca de la unitaria que había allí. Cuando llegamos, estaba lloviendo y se suspendió el concierto. Nosotros nos quedamos con la carrera en el cuerpo. El único día de lluvia de Fuerteventura”, recuerda. “Fue, sí, el año que más rápido lo hicimos: teníamos veintantos años y no miento si digo que a mi recordar fuimos corriendo desde Casillas del Ángel a la plaza de La Vega”.

Sin importar el año, sus acontecimientos o las circunstancias y percipencias del camino, llegados a La Vega de Río Palmas la tradición se repetía cada año: “Lo primero que hacías cuando llegabas era ir a ver la virgen; después, cuando salías de la iglesia, seguías con tus compañeros a la fiesta. Bailes de tipples, guitarras y tenderete”.

El último año que caminó a La Peña, Diego Calero lo hizo con su familia; su hija, cuenta, quería conocer el camino y recorrieron juntos los senderos. Y aunque la fiesta ha cambiado, y cada vez sean más los caminantes y peregrinos que hacen el recorrido siguiendo el trazo de la carretera, asegura que para él el camino es el de tierra, el que ha recorrido tantas veces desde su niñez y el que al oscurecer del tercer viernes de septiembre le llevaba, paso a paso, hasta el amanecer del sábado de la Peña.

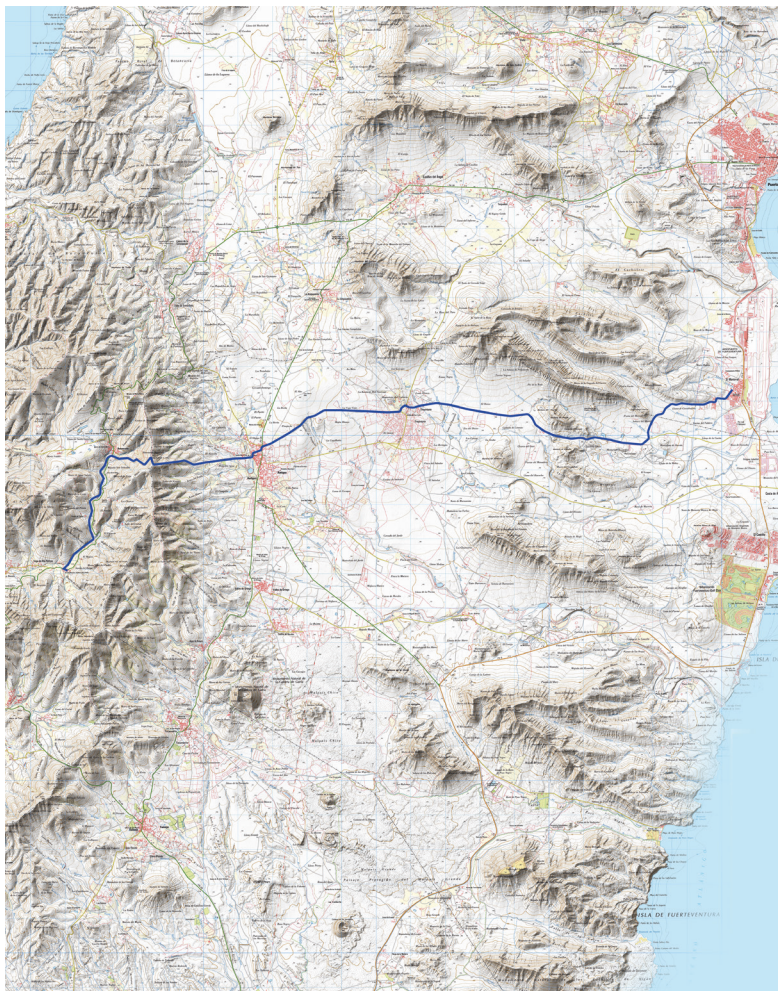
Ese camino, y ningún otro, es que el se posa ahora sobre la huella de los suyos, una herencia, un regalo, que viajó a través del tiempo para caer, caprichos de los siglos, en las manos de Diego que, con la alegría de los recuerdos, con el cariño de los años, lo deposita ahora, cuidadosamente, en las de su hija.

María Teresa Perdomo Sarabia (El Matorral)

**El Matorral – Valle de Piedras Gordas – Triquivijate – Antigua
– Betancura – La Vega de Río Palmas**



Cuenta que el de su primera juventud era un pueblo pequeño, todo de amigos. Las calles eran de tierra, los niños corrían descalzos, las gentes vivían humildes. Cada una de sus casas se sentía familia. Podía irse, dice, con cualquier vecino, y, por las tardes, las puertas acostumbraban dejarse abiertas para dejar entrar la brisa. Un pueblo tan pequeño, un pueblo tan modesto, que se sentía en estrecha comunidad.



Porque, a pesar de su apariencia árida, tablero tras tablero, El Matorral era zona agrícola, y al amparo del agua crecieron los hogares, con familias dedicadas al trabajo de la tierra, al cultivo de la alfalfa, del tomate. Reunió, añade, a gentes de toda la isla, de norte a sur, en las temporadas de zafra y los niños, las niñas, a pesar de criarse en medio del enorme llano jugaban a ser jóvenes de costa, nadando de cualquier forma en los estanques.

El pueblo de El Matorral que vio crecer a María Teresa Perdomo Sarabia era, sí, un pequeño pueblo de vecinos. Como tantos en la isla, conectaba con otros a través de caminos y senderos, marcados por el paso de los zapatos en el polvo rojo de la tierra. Era una época, no tan lejana, en que los coches seguían siendo un privilegio. Desde allí salió por primera vez, a sus quince años, a cumplir con la Peña. Fue el tercer viernes de septiembre, desde muy temprano, y la acompañaba su hermano mayor: “Mi hermano mayor y los amigos, claro. Si no, mi madre no me dejaba”, ríe.

El camino, el primero y que más ternura despierta en el recuerdo, nace en El Matorral y avanza por el Llano de Cascahuesos, isla adentro en dirección sureste. Se cuela en Valle de Piedra Gorda (o Piedras Gordas), desde donde se dirige hacia Triquivijate: “Era un camino vecinal, pequeñito, no un sendero acondicionado, pero no era un camino malo: Piedras Gordas es un valle y no tenías que subir sino alguna lomita. Hay algunos senderos que la gente de Triquivijate usaba para venir a Matorral por esa ruta (venían a los bailes)”, describe.

A su paso iban atravesando un paisaje “como es Fuerteventura”: árido, seco, sin casas, sin árboles o sombra, sin otra vista que el largo terreno extendiéndose debajo del sol del día. Pasado Triquivijate, ascendían hasta Antigua y, desde allí, conectaban al camino real que cruza Degollada Marruvio para caer en Betancuria y continuar, por el paso del barranco, hasta La Vega.

“Éramos todos vecinos y conocidos, y te ibas en confianza con cualquier vecino que te llevara y te guiara. Todo el pueblo se reunía [para subir a la Peña] y se iban haciendo cuentos, chistes... Salíamos por la tarde temprano y llegábamos a Antigua cuando empezaba a oscurecer”, apunta Perdomo, que añade que no solían detenerse: “No se hacían grandes paradas. A lo mejor nos sentábamos en una pared, pero diez minutos a conversar y seguíamos. Incluso cuando llegábamos arriba a Antigua. No te reunías, sino que parabas y, al poco, alguien ya decía: ‘Bueno... ¿Seguimos?’. No íbamos agobiados, pero sí con la responsabilidad de no llegar arriba de madrugada”.



Una vez en La Vega, y tras saludar a la virgen, el grupo se dispersaba entre los ventorrillos. La fiesta, cuenta, era también reunir al grupo en el pueblo antes de subir (“Cuando iba a ser la caminata, nos poníamos en conexión: ‘¿Vas a ir a la Peña? ¿Con quién vas? ¿Te unes?’ Y eso era lo divertido y lo que nos emocionaba”) y reencontrarse, cada año, con las amistades de toda la isla que coincidían por una noche al año: “A mí la fiesta de la Peña me pareció siempre la más importante, la más de Fuerteventura, porque ahí veías a todo el mundo: conocías gente de vista de Jandía, de Tuineje, de Corralejo, que no la veías en todo el año y luego los veías allí. Me gustaba eso. Y había parrandas, en los ventorrillos, y la noche que estabas

allí estabas cansada pero estabas todo el tiempo mirando y todo el tiempo entretenido”, recuerda con cariño.

En el relato de esta jornada de la memoria de María Teresa Perdomo, no puede faltar el fin de fiesta: “Pasábamos la noche allí, arrimados a los muros. Nos arrimábamos y ya está: aquí me duermo... Siempre pasabas la noche en los muritos, porque no sé por qué motivo no salían los coches esa noche y no había ese trasiego de guaguas de ahora”.

Apoyados, apoyadas, en los muros de la iglesia, después de recorrer el llano, el valle, la degollada, algún que otro barranco; después de los reencuentros y las parrandas; después, probablemente, de algún baile, algún brindis, algún mirar adolescente por allá de la sombrera; después de “fantasear”, de “bobear, pura bobería” por los caminos, juventud, divino tesoro; después de dar por acabada, al fin, la que era la mayor fiesta en la isla; entonces, solo entonces, recostando la cabeza contra el muro, apoyada la espalda en la piedra, los jóvenes, las jóvenes, de El Matorral cerraban los ojos. Lo que soñaban queda, secreto bien guardado, entre la roca blanca, piedra caliza, de los muros de La Vega.



María Dolores Morales Vera y Guayendra Brito Morales (Antigua)

Antigua – Lomo de El Cortijo – Monte Janana – Castillo de Lara - El Humilladero – Parra Medina – Vega de Río Palmas

Antigua – Degollada de la Villa (también conocida como Degollada de Antigua) – Betancuria – Vega de Río Palmas



La primera vez que Lola fue a las fiestas de la Peña lo hizo en guagua.

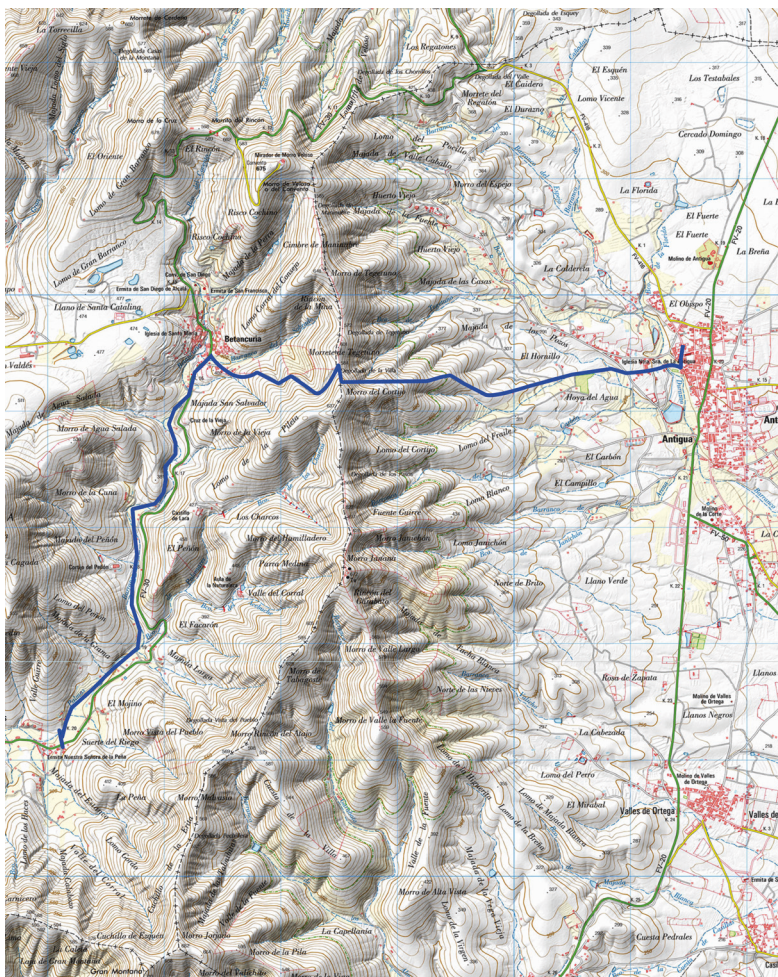
Las de entonces eran guaguas muy poco ortodoxas, el tipo de vehículo colectivo que vadea de lado a lado en el carril: sin aforo máximo, sin tapicería, sin sillones de terciopelo. Eran, para ser honestas con aquellos días, más parecidas a largas furgonetas, con sillones de madera y una carrocería amarilla, muy ruidosa, que se zarandeaba y sacudía hasta con el golpe del viento.

La primera vez que Lola fue a las fiestas iba, seguro, nerviosa: las manos jugando a contar dedos, el vestido tapando las rodillas, los pies apoyados en las puntas, disimuladamente inquietos y bailando de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

Porque la primera vez que Lola fue a La Peña lo hizo sentada junto a un muchacho alto, de ojos amables, con buen plante (un chico gallardo, que dirían las señoras). Un tal Pepe. Lo había conocido, según dice, solo dos meses antes, en el baile de las fiestas de Casillas. Quedaron entonces en subir juntos a la Vega el día de la Peña. Ella tenía 18 años.

Se casaron cinco meses después, en febrero de 1971. Fue así como ella dejó la casa familiar en los Llanos Pelaos, para empezar una vida entera en Antigua.

Por eso, si le preguntan por la vereda que ha recorrido durante años para peregrinar a La Peña, Lola no recuerda un camino desde su pueblo natal. Responde señalando, desde la azotea de su casa, el trazado que se levanta montaña arriba: “De chica no recuerdo ir a la Peña (tampoco vivía aquí)”, aclara y refiere a que de su infancia no aprendió el camino desde la casa familiar, pero sí las historias que ataban a unos y otros a la devoción por la virgen: “En ese tiempo la gente hacía promesas e iban. Mi abuelo hizo una promesa por una de las hijas, que estaba malita, y salió caminando de Tesjuate. Ella siempre estaba malita, así que él se ofreció y salió descalzo con ella en brazos hasta la Peña. Eran las promesas que se hacían antes, muy brutales”.



Cuenta que ella no se lanzó al camino hasta cerca de sus cuarenta años. Desde entonces, el suyo ha sido el sendero histórico de Antigua, por El Cortijo, una vereda transitada por muy pocos (casi solo por los oriundos del pueblo de interior), y Lola dice haberla aprendido de otros vecinos y vecinas: “La necesidad obliga”, resume ella con una sonrisa. “Hice la promesa de ir mientras pudiera y mientras pude, fui”, asegura, y apunta a que en muchas ocasiones el camino

se hacía en las dos direcciones: “Yo iba y venía porque tenía que ir a trabajar después (o bien trabajaba y luego iba y venía, en función de los turnos). Nos gozábamos la misa, que era a las doce o la una, y ya después volvías (después ya había guagua y te venías en guagua). Era algo que tenía prometido y no me pesaba de ir”.

El rastro de la vía va dejando marcas blancas por la loma, visibles desde el pueblo. Asciende por El Cortijo, exigiendo, por la pendiente, al caminante unir en zigzag las marcas que se salpican las lomas hacia el sur y hacia el filo; en Monte Janana, cruza a la cara oeste, rumbo a Castillo de Lara. Llegados a la base de la montaña, se sube brevemente a El Humilladero, donde los peregrinos tienen la primera vista de la iglesia de la Peña, y se inicia el descenso por Parra Medina. Esta vereda, que no está marcada en su totalidad sino que los peregrinos y peregrinas saben rehacer año tras año conectando el veteado de marcas blancas, no es apta para todos los públicos: “Normalmente, desde Antigua cogen el camino que va derecho a la Villa (de Betancuria). Yo creo que fuimos dos años por el camino de Betancuria (que es el camino blanco que sí se ve marcado en la montaña), pero después pensé que mejor el del Cortijo. Porque ir a la Villa para después bajar, como se bajaba entonces, andando por la carretera hasta la Vega... Prefiero el otro (que va directo)”.

Este camino blanco, que Lola señala como el camino más frecuentado, es el conocido como camino de Cuesta de la Villa: asciende por el lomo de El Hornillo hacia la Degollada de La Villa (o Degollada de Antigua) y la traspasa por su ladera poniente. Una vez alcanzada la falda de la montaña, los peregrinos, las peregrinas, avanzaban hasta la Vega siguiendo el curso de la carretera; en los últimos años, el camino se realiza desde este punto siguiendo el curso del propio barranco, ya arreglado y cuidado para facilitar el paso.

Se trata de un camino más transitado, pero también un camino más seguro: el trazo señalizado y la orografía de esta zona hace menos peligroso el ascenso, que en el caso de El Cortijo no solo es

más pronunciado y pendiente, sino que en su mayor parte no está dibujado: “Es un poco más peligroso y por la noche, más. Últimamente están poniendo señales para cerrarlo, para que la gente no se desvíe por ahí, sino que vaya por el de La Villa”. Es, además, un camino con mayor exigencia física, porque pasado el ascenso en pendiente (poniendo cuidado en no dejar caer el paso en algunos tramos de risco) también pasa a un descenso pronunciado. Con todo, Lola Morales solía recorrerlo en dos horas.



Guayedra Brito Morales es la cuarta de cinco hijos de Lola y Pepe. Como para su madre, el suyo es el camino de El Cortijo: “Ellas el camino lo aprendieron solas”, ríe Lola. Comenzaron, cuenta, acompañando a la madre a cumplir su promesa y, con los años, el recorrido pasó a convertirse en una cita anual: “Años después, cuando empezamos a salir, íbamos nosotras. A veces nos acompañaba la vecina Petra (Petrita). Nos uníamos un grupo de vecinos y salíamos, siempre por la mañana temprano, cuando salía el sol, para que no nos cogiera el calor subiendo”. Para Guayedra, este es un sendero

para recorrer siempre con quien conoce la vereda y, en lo posible, a la luz del día porque, señala, aunque el pie después de tantos años ya conoce dónde pisar, en el último tramo de ascenso la vereda se vuelve estrecha, lo que suma dificultad y riesgo.

Es, además, su sendero familiar y el que sirve como escenario de reencuentros año tras año: “Te vas encontrando gente por el camino: los que salimos los viernes a primera hora de la mañana, si no es un año, es otro, siempre te vuelves a encontrar. La gente de Triquivijate, gente de Toto... Coincidimos siempre en el camino”. Explica, además, que no es casual el paso por El Humilladero en



este recorrido: “Es donde se ve la ermita por primera vez. Petrita, la vecina, nos enseñó que había que arrodillarse y se rezaba ahí. Donde primero se rezaba era El Humilladero porque era donde primero se veía la ermita”, apunta.

Y aunque el de El Cortijo, a fuerza de aprenderlo como herencia familiar, es su camino predilecto, Guayedra confiesa que durante muchos años hizo, incluso, los dos caminos de Antigua en el mismo día: “Más adelante, había alguna parrandita en la esquina de la plaza.

Entonces, iba por la mañana con mi madre, por la tarde con la gente del colectivo (Mafasca). Íbamos para allá caminando y veníamos de nuevo caminando para acá. Por la tarde, éramos un grupo grande, por lo menos veinte o treinta personas de la edad nuestra (de 17 o 18 años). Esperábamos que llegara la gente que estaba trabajando en El Castillo en hostelería, después salíamos de aquí para arriba y a las doce, más o menos, llegábamos al filo. Ya veíamos los fuegos artificiales desde el filo y, luego, bajábamos hasta la amanecida. A las seis, como no había ni guagua, ni coche, a caminar para acá”. Dos recorridos de ida y vuelta de Antigua a La Vega en un mismo día: “¡La juventud es lo que tiene...!”, ríe.

De los años que Antigua pasó a convertirse en punto de encuentro, Guayedra recuerda algunas imágenes. Y aunque ella siempre prefirió subir sin multitudes, sí quedaron para ella grabados recuerdos, como el tocar de la banda antes de la salida o las luces de la montaña: “Empezamos a hacer antorchas, con latas y palo. Se veía precioso porque se veía todo el camino (el que iba por Betancuría) todo lleno de luz”.

Con los años, las antorchas desaparecieron (“Se quitó porque la gente tiraba el mechón y se podía quemar el pasto”), pero la imagen, ahora a golpe de linternas, permaneció también en el recuerdo colectivo del camino de Antigua. Un millón de luces, como un millón de llamas, destellos pequeñitos, candiles contra la tierra, ascendiendo palmo a palmo por la oscuridad.

Como colgadas de la montaña, siguen hoy brillando en las pupilas el tercer fin de semana de septiembre. Como colgadas de la memoria, brillan también en el recuerdo de Guayedra, que, si aguza el oído, aún puede escuchar los pasos de su madre, delante, los suyos, detrás, arrastrando el ritmo pesado por El Cortijo, por monte Janana, por Castillo de Lara, por El Humilladero, hasta perderse, casi a trote alegre, entre los pinos de Parra Medina, rumbo a la Vega.

Pepa Rodríguez Marrero (Antigua)

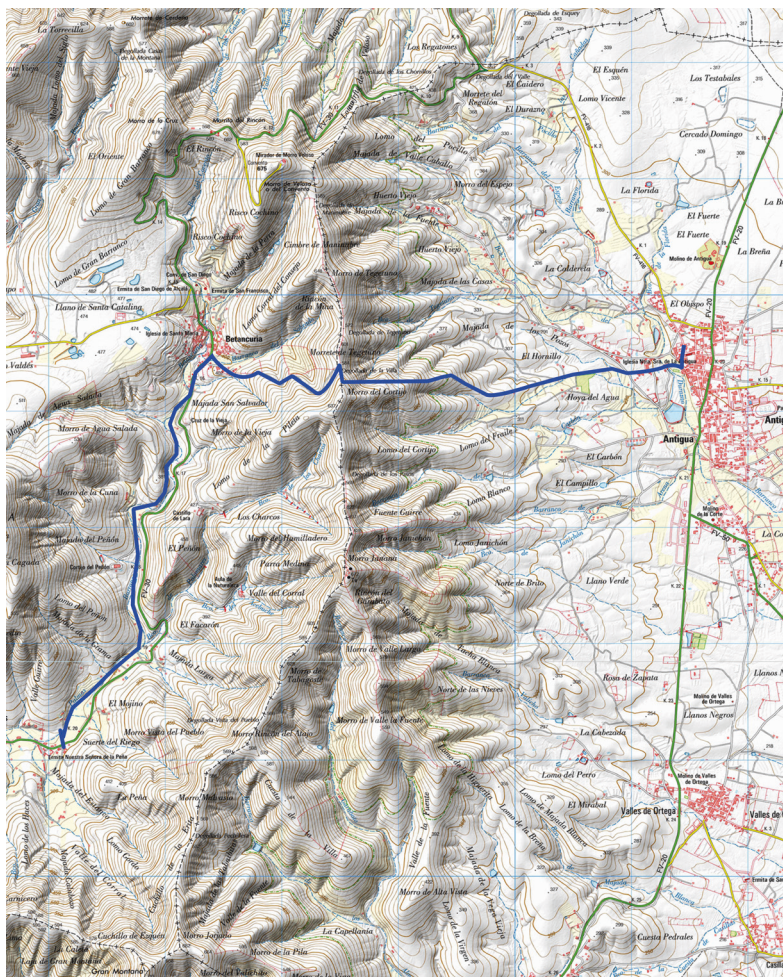
Antigua – Betancuria – Vega de Río Palmas



Pepa recuerda el sonido de las campanas. Sonaban ya caída la noche y eran la llamada para empezar la subida. Recuerda las luces, montaña arriba, formando un largo y sinuoso sendero allí donde los caminantes posaban el ojo naranja de sus linternas. Recuerda los puntos de luz, contraste de fueguitos contra la noche cerrada. Resplandecían, dice, tramo a tramo, brincando como luciérnagas. Se perdían en lo alto, caían tras la montaña. “Emociona”, sonrío.

El recuerdo de Pepa está formado por imágenes nítidas, recompuestas aquí y allá, sacadas de la bruma que levanta acumular tantas memorias año tras año. Ella, que recorrió los caminos a la Peña desde Cotillo, Tefía, Agua de Bueyes y Tuineje, conserva con especial brillo la imagen de esta subida: sendero de Antigua. Quizás por ser la que frecuentemente cruzó con los niños de la familia, hijos, sobrinos, amigos de la vecindad. Quizás, simplemente, por ser años felices. Pero lo cierto es que cuando habla de la subida de Antigua, Pepa describe con la alegría de los momentos trascendentes: “Desde que suenan las campanas, es una maravilla ver las luces. Ver tantas linternas, tantas luces por arriba y luego bajando con la oscuridad. Es bonito, emociona, más aún a la gente de la tierra”, relata.

Recuerda montar hasta doce chicos y chicas en el coche (no tenía corazón para dejar atrás ni un alma). Desde Cotillo, venían el día de la subida para hacer la caminata; eran los primeros años de la década de los noventa y la fiesta era menos concurrida: “Era más tradicional. Como el resto de las fiestas de la isla, no tiene nada que ver antes y ahora, aunque sí empezaba ya a verse bastante gente en esos años”. Esperaban en la plaza, cuenta, a que sonaran las campanas para empezar a subir: “Luego ya subíamos la montaña. Íbamos juntos hasta mitad de camino, después se desaparecían todos (se ríe). Se salía donde mismo se sale hoy, pero en ese tiempo no estaba marcado y, creo, había un sendero algo diferente, puede que un desvío a mitad de montaña”.



El camino, hoy día señalizado y registrado como sendero local, nace en Antigua, y da comienzo en una pista de tierra, donde el caminante inaugura los pasos hasta el paraje conocido como El Hornillo. La ruta, conocida por la pronunciada pendiente de alguna de sus etapas de ascenso, atraviesa por la cima de la Degollada de la Villa, que separa los pueblos de Antigua y Betancuria: tras ascender por la cara este, el pico de la degollada ofrece un área de descanso a

los caminantes, que desde allí pueden vislumbrar Morrete Tegetuno. Esta es la señal para iniciar el descenso, por la propia degollada en su cara oeste, que lleva los pies, ya en la falda de la montaña, al pueblo de Betancuria.

“Llegábamos a Betancuria y ya desde ahí para abajo (hacia La Vega de Río Palmas) nos juntábamos con toda la gente”, relata Pepa, haciendo referencia a la última etapa del camino, que conecta por carretera, o por el barranco de Río Palmas, Betancuria y la Vega, y en la que confluyen el cierre de camino de peregrinos de muchos pueblos. “Antes, cuando el barranco no estaba preparado, seguíamos caminando por carretera, toda la carretera hasta Vega de Río Palmas”.

Dice que al llegar, lo primero era comer, repartir existencias entre el grupo de chicos y chicas a su cargo, o acercarse a cualquier puesto a comprar bocadillos. También que, pasados los años, esos niños se hicieron adultos y ahora muchos continúan la tradición por su cuenta, rebasando senderos y caminos, desde Cotillo, desde Antigua, desde diferentes pueblos.

Y ella, que aunque vivió una parte de su vida en Cotillo se define “morisca, completamente morisca”, ha regresado a sus orígenes y desde hace algún tiempo repasa el camino a Tuineje a buen paso, atravesando Gran Montaña, llenando la vista con el paisaje de tabaiba verde del barranco, revisitando las vistas de Tiscamanita o de Toto, hasta La Vega.

“Espero hacer el camino con mis nietos algún día. Aunque sea con un bastón”, piensa en alto, risueña. Qué gran suerte para un nieto, qué gran suerte para una nieta, poder aprender el camino siguiendo, paso a paso, los surcos de las huellas de la abuela.

Omar López Martín (Agua de Bueyes)

Agua de Bueyes – Barranco de Almacigos – Cuesta de la Villa
– Morro Rincón del Atajo – Degollada Vista del Pueblo – Barranco
de Río Palmas – Vega de Río Palmas.



Algunos chicos están tumbados, otros sentados. Descansan, alegres, sobre la loma de Rincón del Atajo. A su espalda, a lo lejos, las luces de Agua de Bueyes parpadean silenciosas. A sus ojos, dirigidos a poniente, los fuegos artificiales iluminan la bajada hasta La Vega.

Es el recuerdo de Omar López Martín. En él, las luces rompen el cielo nocturno de medianoche, sorprendiendo a caminantes rezagados. Jóvenes y mayores comparten unos minutos de magia, un pequeño regalo fortuito del cielo, antes de comenzar el descenso, tramo final de su peregrinación hasta la Peña. A esta vista, dice, parece que los fuegos cayeran al lado mismo, tan próximos, tan palpables.

El camino de Omar López sale cerca de su misma casa, en Agua de Bueyes. Es una vereda que serpentea barranco adentro (barranco de Los Almácigos), asciende por la loma de Cuesta de la Villa y alcanza el pico en Morro Rincón del Atajo. Una vez aquí, el sendero desciende por la degollada (Vista del Pueblo) hasta alcanzar, a la falda de la montaña, el barranco de Río Palmas. Desde la pendiente, apunta Omar, se vislumbra (como nombra el topónimo de la loma) con claridad el pueblo, y el camino bordea directamente alguna casa de las afueras de La Vega.

Con doce años, cuenta, su padre le enseñó el sendero. Como Omar no podía recorrerlo a pie, lo subió en coche hasta el pico de Rincón del Atajo. A los quince, después de una compleja operación, Omar ya estaba listo para subir solo, así que hizo su promesa: “Desde entonces, desde los quince años, estoy subiendo y 41 tengo ahora. La promesa es seguir subiendo: desde que me operé me digo siempre: ‘A subir, a subir’. Hay que subir para hacer de nuevo la promesa y poder subir al otro año”.

De la primera promesa que cumplió como peregrino recuerda la emoción, la alegría de tomar conciencia de lo que estaba viviendo: “Pensaba todo el tiempo que estábamos todos juntos: ¡Vamos a La Peña todos juntos...! Mi madre, mi padre, mi hermana, amigos... Me encantó la experiencia, y no he parado de subir”. De esta ruta, Omar

Hacemos un grupito y ya salimos. Vamos hablando, cantando”, relata, y apunta a que el Rincón del Atajo, parada obligatoria de todos los caminantes, hace además las veces de punto de encuentro: “Arriba me he encontrado con gente de Puerto, de Tuineje, de Tiscamanita. Cuando llegas hasta la loma (la parte de arriba de la loma) allí nos sentamos todos a hablar, a comernos un bocadillo, tomarnos algo. Ya después continuas hasta otra parte de la loma y bajas”.



Para Omar, que también se ha atrevido algún año con otros puntos de origen (como Tesejerague, siguiendo la ruta sur), el de Agua de Bueyes es un sendero cómodo, bonito, y la noche de la Peña una fiesta especial que le permite encontrarse con amigos y conocidos que de otra forma no coincidiría. “Al llegar a La Vega, lo primero voy a ver a la Virgen. Voy a que vea que cumplí y a prometer que voy a cumplir para el siguiente. Luego, lo paso bien arriba: vas a la plaza y te encuentras a todos ahí. Me hace ilusión subir y encontrar gente que a lo mejor no había visto en todo el año, pero nos vemos ese día”.

Y aunque a su recuerdo viene la imagen de los fuegos artificiales desde la montaña, para él los fuegos son una tradición que compartir a la falda de la montaña con su padre: “Cada año, al llegar, poder sentarnos a verlos y tomar algo. Es bonito”.

Tras veintiseis años, Omar mantiene firme la promesa y el paso. Y aunque este año le será imposible subir a pie, asegura que igualmente visitará a la virgen para prometerle que el próximo año volverá a atravesar Rincón del Atajo. Los fuegos, a la falda de la loma, esperarán su llegada.



María Nieves Viña (Antigua)

Antigua – Betancuria – Vega de Río Palmas



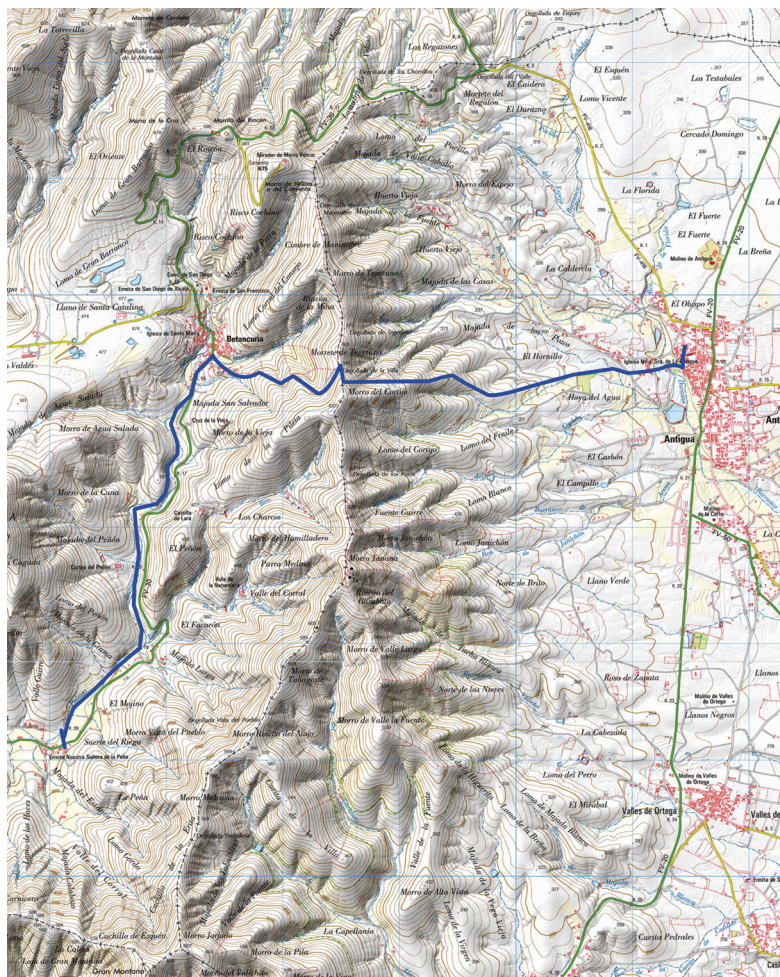
De las historias que le contaba su abuela, la que más impresiona a María es, aún hoy, la de su promesa con la Peña. Atravesaba, contaba la abuela, lomas y degolladas, llanuras yermas, barrancos, tierras agrestes, morros de piedra de laja, para cumplir y llegar a La Vega. Lo hacía con una camella, al ritmo pesado de ese andar abandonado y libre de los grandes animales, y, a la vista desde el sendero, en los dos lados de la silla de la joroba se veían asomar, oscilando sobre las cabezas de quien se acercara, cuatro pies muy pequeños. Porque doña Bárbara (Bárbara Rodríguez) iba hasta la Vega cargando con los hijos.

“Se ponía los niños en una silla y ella iba montada en la joroba de la camella; creo que fueran dos niños (aunque no sé si en algún momento fueron incluso tres). Es una historia que a mí siempre me impresionó porque supongo que no iría una sola vez, iría muchas veces”. La abuela de María Nieves Viña llegó a cumplir, cuenta, cien años: “Hace ya mucho que murió y esto ocurrió en su juventud, así que estamos hablando de un camino que pudo recorrerse hace cien años”.

La hermosa imagen, testimonio etnográfico, es prueba de su tiempo y ejemplo del compromiso de carácter religioso que movía a la población en peregrinaje hasta la Peña para ver a la virgen, durante las fiestas. Sin embargo, aún con su belleza cinematográfica, con su impactante estética en nuestro imaginario, convendría en este caso prestar atención cautelosa, sin romance, al recuerdo pues la imagen da cuenta, además, de la cotidiana, extraordinaria, resistencia a las condiciones extremas que mantenía en un tiempo no tan lejano la población de Fuerteventura.

El camino que recorría, sin embargo, no se conservó en la memoria familiar pues, apunta su nieta, ninguno de sus mayores (abuelos o padres) relataron los viajes a La Vega como algo extraordinario, sino que cubrir esos kilómetros a pie o a lomo de un animal formaba parte de una absoluta normalidad cotidiana de otros tiempos: “No

recuerdo que las personas mayores lo contarán. Aunque si preguntaras lo contarían, no hablaban como lo hacen ahora del camino. Era como una obligación, un deber, formaba parte de tu vida. Ibas y punto”, señala.



Y aunque en el relato familiar el camino a La Vega se mantuvo presente a través de las anécdotas de doña Bárbara, la tradición no

se repitió igual en los nietos y nietas, que crecieron fuera de los márgenes de los caminos a Río Palmas. Para María Nieves Viña, el camino de la Peña llegó avanzada su juventud y no en la adolescencia como es común en otros relatos, y las rutas de Antigua y de Agua de Bueyes fueron, más que por el peso de la devoción, como celebración de la amistad.



La ruta de Antigua, la que más ha pisado, la realizó en varias ocasiones, siempre con amigas o con compañeros y compañeras de estudios. Era, cuenta, una fiesta diferente y el camino era menos transitado que hoy: “Recuerdo familias, ver personas mayores, niños y chiquillos de diez años con abuelos o con los padres. Era totalmente diferente. ¿De encontrarte por el camino gente? Poca. No era como ahora, y en la fiesta cuando llegabas eran conocidos, porque el que no conocías personalmente sí conocías de vista”, explica.

Del sendero, recuerda el paso divertido, las bromas y la alegría de la juventud, y también lo poco que preparaban la ruta: “Llevamos agua y algo de comer, unos llevaban linternas y otros no, una cosa tan precaria”, se ríe. Las imágenes que mantiene grabadas, como fogonazos de la memoria, hay que buscarlas en el último tramo de la cumbre de Degollada de la Villa: “La primera vez pensé que se me paraba el corazón, era tan inclinado que pensé: ‘No lo supero’.

Pero sí lo superamos. Recuerdo también que nosotros, viniendo de Antigua, luego en la bajada se veían otros caminos que venían de Los Llanos, y recuerdo verlos bajando por la luz de alguna linterna que llevaban”.

También la memoria guarda el tramo de carretera, que conectaba la falda de la montaña de la Degollada, en Betancuria, con Vega de Río Palmas; la llegada a la iglesia, ver a la virgen, encontrar, como tantos otros relatan, a los amigos y conocidos de todos los rincones de la isla.

“Después nos sentábamos fuera de la iglesia. No había ni plaza, nada, solo unos muros. Nos sentábamos a quedarnos dormidos, esperando la guagua que nos llevara para Puerto. No tengo recuerdos ni de verbena, ni de si habría algún ventorrillo. Solo de quedarnos allí dormidos, hasta que amaneciera. Nos escorábamos como podíamos unos en otros, nos tumbábamos en los muros blancos”.

Así, arremolinados a la sombra de la Iglesia de La Peña, les encontraba el día. Cumplían un año más su propia promesa: la de caminar juntos, juntas, isla adentro.



Juan Camejo Martín (Pájara)

Pájara – Barranco de Toto – Toto – Valle de Ezquén – Gran Montaña – La Vega

Pájara – Barranco de Toto – Toto – Barranco de Tegureyde – Degollada de los Granadillos – Valle de los Granadillos – Barranco de las Peñitas – Barranco de Río Palmas – Vega de Río Palmas



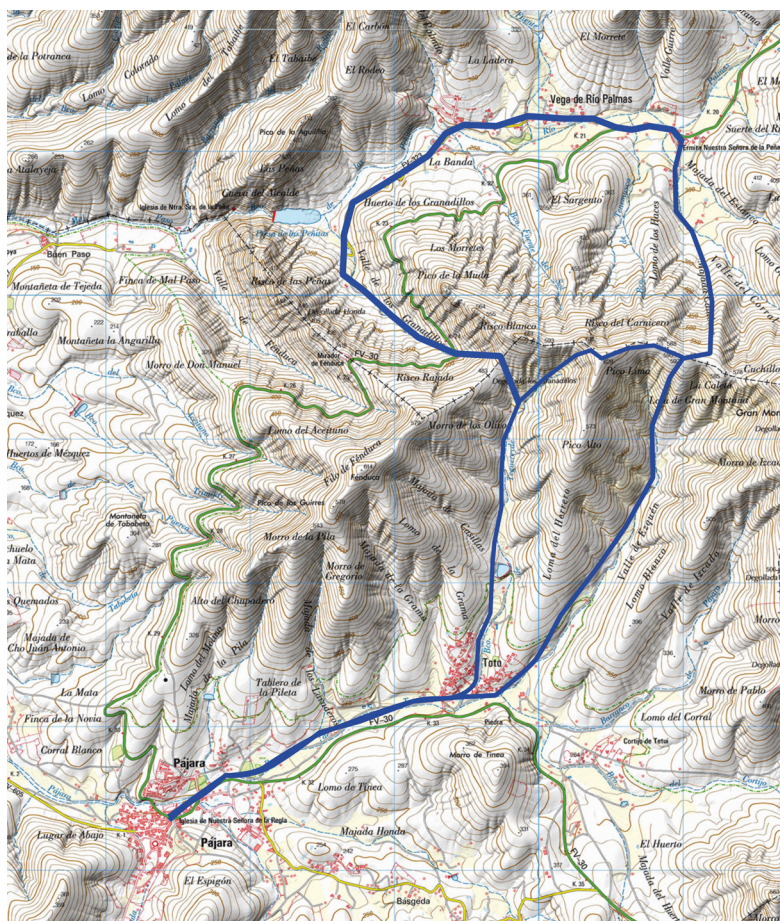
En un mismo día, Juan Camejo puede recorrer la distancia que separa Pájara de La Vega tres e incluso cuatro veces. Por la mañana, con las primeras luces del día, lo camina a largas zancadas y buen ritmo, para desayunar en el mercadillo que ya hay montado preparando las fiestas patronales; un poco más tarde, avanzada la mañana, si alguien pasa por el dintel de su puerta en Pájara y le avisa (“¡Juan...! ¿Vienes pa’ la Peña?”), se calza y vuelve a subir. Y así, avanzando el día, Camejo aprovecha cada ocasión para compartir con amigos el sendero hasta que, llegada ya la tarde, se reúne en su casa toda la familia.

“Esa es la vez que se tarda más”, confiesa divertido: “Si vas solo, en hora y media se hace el camino. Cuando vamos todos, son tres horas y media, hasta cuatro. Vamos toda la familia, y con chiquillos de cuatro años es más complicado, pero todo el mundo lo disfruta. Tengo un nieto que tiene cinco años que ese es el primero que va ‘alante corriendo”. Porque el camino juntos no tiene por objetivo salvar ninguna distancia, y la vereda, aunque no es diferente a la que recorre en solitario o con algún acompañante, parece distinta: con niños, esta vereda, en el barranco de Toto, está repleta de tesoros, recovecos para esconderse, tierra para correr o hundirse, rocas para saltar, llanos que no se acaban. En el Valle de Jesque⁴, las nubes tienen forma, una vara es un caballo en las manos apropiadas, y la loma a subir, en la falda de Gran Montaña, es el pie de un dinosaurio, la cabeza de un dragón, un reino que salvar.

Y al llegar a la cima de Gran Montaña, pasados Toto, el barranco y Jesque, los mayores abren sus talegas y aparecen bizcochones, chorizo, salchichón. Es el cruce de Gran Montaña, donde se unen los caminos que vienen de Pájara y Toto por Jesque y de Tuineje. ¿Se encuentran parrandas arriba?. “Más bien la parranda la hacemos nosotros, que vamos cargados: refrescos, queso, bizcochones.

⁴ En la toponimia oficial: Valle del Ezquén

De mañana no encuentras mucha gente, pero de último en la tarde encuentras familias, parranda... Hay quien lleva una botella de anís del Mono y la va ofreciendo”, sonríe. La señal para hacer un alto, en este cruce de caminos, es la vista: “Cuando llegas arriba, y desde allí se ve La Vega, se ve la imagen que ponen con los focos y desde lo alto. Ahí pega todo el mundo a sacar comida y compartir”, ríe.



Para Camejo, que confiesa, como tantos, ser incapaz de llegar a la Vega con la camisa blanca impoluta (“¡Siempre llega llena de

tierra...!”), esta es la fiesta más bonita. Y aunque con la familia suele recorrer el camino que sube barranco del Ezquén (popularmente nombrado como Jesque) son muchas las rutas que su memoria sabe recorrer con meticuloso lujo de detalles: “Desde Pájara, el de Teguereyde es el más transitado, porque el camino está recebado”, apunta, y explica que desde Toto el principal accidente geográfico a superar es el muro montañoso conformado por distintas degolladas y picos, al que puede accederse y rebasarse por dos vías: Teguereyde o Jesque.



El señalizado como camino real es el que llaman de Granadillos, pues nace en Toto y asciende por el Valle de Teguereyde hasta la Degollada de los Granadillos. De ahí, desciende por la cara noroeste, siguiendo la ruta del barranco de las Peñitas hacia la Vega. El de Jesque, no señalizado como camino real, es una vereda que asciende desde Toto por el valle de Jesque hasta la degollada de Gran Montaña. Pasada la Gran Montaña, el descenso sigue hasta La Vega. Cuenta Camejo que este camino histórico, aunque conocido y transmitido de generación en generación, solo ha sido arreglado en una ocasión en las últimas décadas, por lo que el trazo se mantiene por su propio paso: “El día de la Peña, que lo transitamos nosotros desde temprano, se va haciendo la vereda”.

Y aunque en su infancia y primera juventud, el camino que recorrió de más seguido fue el de Agua de Bueyes, el camino real de Tuineje es para Camejo otra de sus travesías predilectas: “Es el camino que va por “Las Lucías”. Saldrias de Tuineje a Tiscamanita y al llegar a la plaza de Tiscamanita, se sube hasta alcanzar un barranco (que llamamos de “Las lucías”), hoy en día cerca del depósito de agua. Y desde ahí, vas a dar a Gran Montaña y al final de lomo Jesque, al cruce de la Gran Montaña”.

Han pasado varias décadas, pero Juan Camejo sigue levantándose con el alba cada tercer viernes de septiembre, con la ilusión de echarse a andar por el camino de Jesque a la vez que el sol. ¿Qué le emociona año tras año? “Ver las tierras nuestras, estas tierras nuestras, y los colores. Por la mañana, que está saliendo el sol todavía, con el sol aún dando colores a la tierra. Es guapísimo. Es precioso. Caminar y ver la variedad de colores que tenemos”.

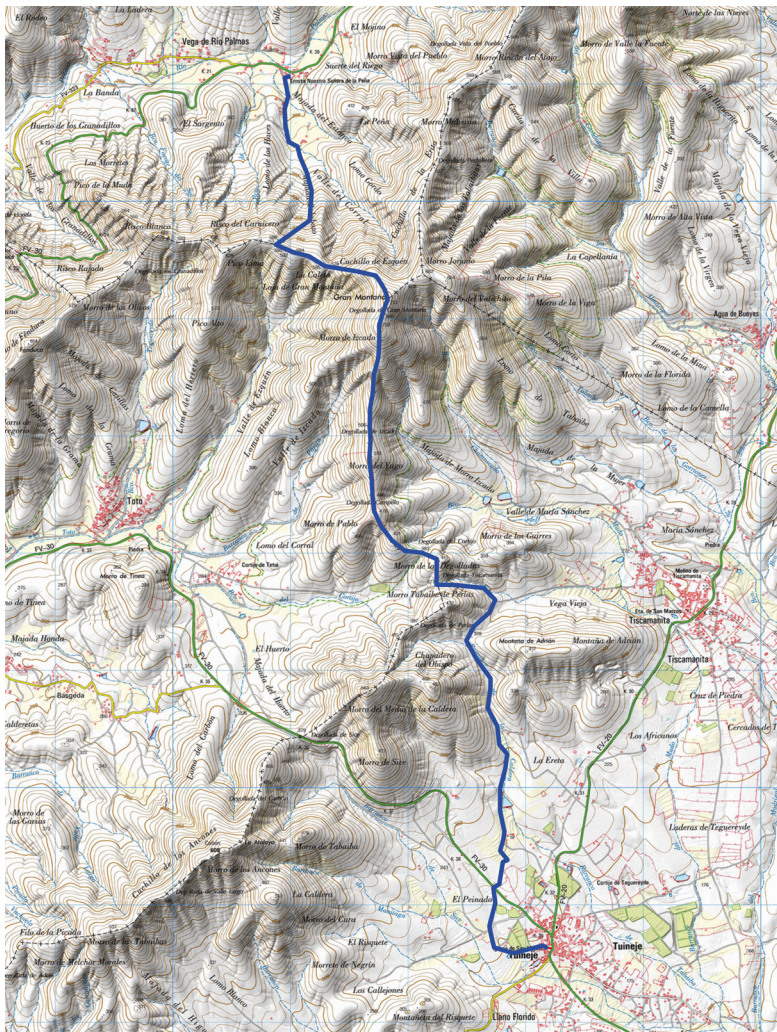
Para Juan no hay fiesta más bonita que hacer el camino, y no hay mejor camino que el que guía a los ojos en el paisaje. Sus ojos, de marrón brillante, parecieran haberse sumergido, zambullido, empapado de la vista del sol sobre la tierra que tanto estima, como si emergieran cada mañana, flotando del propio paisaje. Y quizás, de alguna manera, así sea.



Inma Marrero Pérez (Tuineje)

Tuineje – Sise - Gran Montaña – Morro Jorjado - Morro Malvasío – Morro Rincón del Atajo – Vega de Río Palmas





El camino era la fiesta. Por eso, el grupo de jóvenes esperaba impaciente que todos los caminantes del pueblo hubieran salido ya rumbo a Gran Montaña. Dejaban pasar la tarde y luego las primeras horas de la noche, para salir los últimos; apagadas todas las luces, seguros ya de estar solos en el sendero hasta La Vega, avanzaban hacia el que llaman el camino “de Petrita”.

Lo cuenta Inma Marrero Pérez, que desde los diecisiete años ha recorrido las sendas que conectan su pueblo natal, Tuineje, con La Vega. “Para nosotros la fiesta era realmente el camino”, confiesa y señala que el punto de partida para el grupo, unos veinte chicos y chicas, era la plaza de Tuineje. Salían, recuerda, “de noche, noche”: “Cogíamos el camino que decíamos ‘de Petrita’, llegando a la parte de arriba del cementerio, a la derecha, y ya subíamos a la Gran Montaña. Pasada la Gran Montaña, se seguía hasta pasar otras dos, pero siempre decíamos: ‘Superada la Gran Montaña, ya estamos en La Peña’.”. El suyo es uno de los caminos más duros, con un ascenso pendiente que se inicia en la montaña de Sise y avanza recorriendo la cima, alcanzando casi los 700 metros de altitud en Gran Montaña.



Asegura que con los años, y aunque siempre en el grupo iba un caminante que hacía las veces de guía, aprendió a reconocer la vereda y a no dar un paso en falso, a conocer los desvíos y bifurcaciones de Gran Montaña, tan engañosos en la oscuridad, a anclar bien la bota en el suelo para no resbalar en el sereno, y, sobre todo, a respetar la única norma de la ruta: siempre a la derecha, siempre a la mayor altura.

Tuneras, Toto y una caída

Cuenta Marrero que era común salir veinte y llegar diecinueve. No les preocupaba: sabían que los pies que faltaban aparecerían renqueando en La Vega entrada la mañana, el cuerpo cansado, entumecido y frío. “Si alguien no llegaba, ya nosotros nos imaginábamos: ‘Se metió en las tuneras’ ”. En Tuineje, son conocidas por los peregrinos y, relatan distintos vecinos, no falta nunca quien acabe descubriéndolas por un mal pie. La zona de vegetación de Gran Montaña, que se conoce como uno de los peligros de desvío más habitual del camino, es un área amplia repleta de altas tuneras que impiden la visibilidad, la orientación y, en la mayoría de los casos, la salida a oscuras: “Si no subes lo más alto posible y bordeas antes de tiempo, entras en las tuneras. Había quien encontraba la salida, pero, si no, esperaban allí a que amaneciera. Es como un laberinto”. A la falta de visibilidad se suma que en las inmediaciones, una de las bifurcaciones se resuelve en varias pendientes de risco. Por eso perderse en las tuneras a menudo resultaba en obligatoria espera hasta las primeras luces del día: “No sé cómo estarán hoy, pero en la época si llegabas ahí, hasta el amanecer lo único que podías hacer era comer tunos”, bromea.

Para Inma Marrero, según relata, ni los riscos, ni las tuneras fueron nunca un impedimento. Para esta peregrina, el obstáculo principal año tras año era el sereno, la tarosá y, en alguna ocasión, alguna que otra llovizna: “Las lajas están muy seguidas y si están mojadas, resbalan. Me caí muchas veces y bajé la montaña rodando también alguna que otra vez”, admite entre risas, aunque asegura que nunca hubo que lamentar graves daños. “Nunca tuvimos percances graves, aunque sí rodé y llegué antes que nadie. En Valle Sise, se nos ocurrió un año bajar por La Campana. Tropecé y quedé rodando loma abajo. De fondo yo solo oía: ‘¡Tranquila, tranquila...! ¡Tranquila que abajo hay un árbol!’ ”.

Otra de las dificultades de este trayecto de Tuineje es el gran número de bifurcaciones que pueden seguirse. La Degollada de Sise, por donde el ascenso se mantiene siguiendo el rumbo norte hacia Gran Montaña, se dirige en su cara oeste hacia Pájara y Toto, siguiendo distintas veredas antaño transitadas por la población. Este desvío contradice la norma de ruta que Marrero conoció de sus mayores, que en un enunciado simple facilita no fallar: “Siempre a la derecha, siempre a mayor altura”, pues desde Sise a Gran Montaña desde la cima, efectivamente, todo desvío es a la derecha y, efectivamente, siempre se asciende hasta alcanzar la mayor altitud.

La joven Inma Marrero que ascendió la vereda con el grupo de amigos, por primera vez sin guía a la cabeza de la expedición, había olvidado momentáneamente este lema. “Creo que por aquí no es, a mi parecer este camino no es”, iban diciéndose unos a otros, hasta que al llegar a la mayor altura vieron las luces: “¡Qué cerquita está ya La Vega, pero qué fácil! Bajando íbamos diciendo: ‘Qué raro, no hay música...’. Cuando llegamos abajo del todo vimos ya que era Toto. ¡Otra vez a subir...! Ese año llegamos, creo, sobre las cinco o seis de la mañana, ya se había acabado todo”.

Las Lucías: el camino de Tuineje por Tiscamanita

Si bien hoy día la mayoría de los caminantes que hacen la ruta desde Tuineje por Tiscamanita acortan este primer tramo siguiendo en paralelo el trazado de la carretera, la ruta tradicional es conocida aún por los mayores. Desde Tuineje, se toma por el conocido popularmente como Teguereyde, barranco paralelo a las laderas de mismo nombre y que en la toponimia oficial quedó registrado como Barranco de El Mudo, hasta conectar con el que se conoce como barranco de Las Lucías (oficialmente, Barranco de Los Almácigos), que serpentea bordeando Tiscamanita.

Para Inma Marrero, este es uno de los mejores senderos a La Vega: “Está muy marcado, es una subida buena, tranquila”. El as-

censo, cuenta, se inicia a la altura del Molino de Tiscamanita, desde donde el trazo se mantiene señalado, dirección norte, en una loma en que continúa el ascenso. Las vistas, que comparte con el sendero de Agua de Bueyes (pues se entrelazan en Rincón del Atajo) son, para Marrero, uno de los paisajes predilectos: “Cuando llegas arriba, ves toda la vista de La Vega. Ese paisaje, especialmente si ha llovido algo (raramente, claro), es muy bonito”.

Cuenta que en estas alturas era común que les sorprendieran los fuegos artificiales, con su espectáculo de luces cayendo sobre La Vega. Algunas veces, esperaron para verlas en el Morro de Rincón del Atajo, donde otros caminantes de Tiscamanita y Agua de Bueyes ya habían encontrado donde sentarse para esperar los fuegos antes de iniciar el descenso.

El regreso, solo después de misa

La última etapa del camino apenas tiene mención en los recuerdos de estos caminantes: bajar y salvar el pequeño tramo hasta la Vega, ya guiados por las luces que aparecen desde la falda de la montaña.

Sí queda grabado, nítidamente, visible, entrañable, las horas que transcurrían, después, en La Vega: limpiarse los zapatos al pie del camino antes de la fiesta, lavarse las manos, sacudirse, incluso algunas pintarse los labios; visitar a la Virgen, saludar a conocidos, hacer inventario de obstáculos de la vereda; dormir en cualquier muro, abrazados a una rebeca, las cabezas y espadas contra la pared, hasta la llegada del día; y los primeros años, aún muy jóvenes, la larga espera hasta la tarde del sábado para volver, ya pasada la misa, con familiares que hubieran subido a los actos religiosos de La Peña.

En los últimos años, asegura, ya no ha vuelto a subir desde Tui-neje. Sí ha recorrido de nuevo el camino de Tiscamanita: “Muchas promesas. He ido con mi madre a la Vega, desde Tiscamanita, quizás

porque para ella es la mejor zona, y siempre por promesa. La víspera de la fiesta y otros días del año también”.

Ahora, pasado el tiempo, asegura que es ella quien a menudo regresa en coche a recoger peregrinos y, llegando al pueblo, siente un impulso de ensuciarse los zapatos: donde antes quería ver brillo, ahora echa de menos el polvo del camino. Y es que, por muchos años que pasen, el caminante siempre es de su vereda.



Antonio Cano (Morro Jable)

Morro Jable – Costa Calma – Barranco Guerepe – Los Rincones – La Calabaza – Tesejerague – Morro La Fuente – Tuineje / Pájara / Toto – La Vega



El camino real, cuenta, atraviesa de Morro Jable a Costa Calma por el macizo montañoso, pero él prefiere acortar por la arena. No parece casual: si alguien sabe pisar la arena (lo sabe el lector, y lo sabe el terrero), ese es Antonio Cano.

Sale de madrugada, a capricho de la marea baja.

Su andar, en la bruma salada, va rompiendo el silencio de la noche. Tambor de pasos, le acompaña la orilla, bombeo, latido, vaivén del mar. Tras de sí queda un sendero efímero de huella fría contra la arena blanca: surca bajo la mirada intermitente del faro de Morro Jable; atraviesa a zancada larga la Playa de Matorral; avanza liviano, firme, barrenando Butihondo, Esquinzo, Mal Nombre; también Risco del Paso, La Barca, Sotavento; recorre Costa Calma, bordea Punta de los Molinillos y, finalmente, se detiene al cierre de Matas Blancas.

El camino de pisadas se interrumpe aquí, en el saliente que se conoce como Punta Guerepe. No es risco, ni acantilado, ni roca escarpada del litoral: es un tablero yermo cubierto de laja oscura, volcánica, la misma que recubre cada palmo de tierra virgen de montañas y llanos de la península de Jandía. Es también la señal, para Antonio Cano, de abandonar la costa, de iniciar su travesía barranco adentro. A su espalda quedan ahora más de veinte kilómetros de huellas que el mar borrará en unas horas.

Llegado a barranco Guerepe, enlaza con el camino: “(En Guerepe) Sigue el camino de aquí, que pasa de Guerepe, Los Rincones. En Los Rincones, tumbo a La Calabaza, Tesejerague, Morro La Fuente”. En esta segunda etapa de travesía, que Cano enumera en unos segundos, se condensan más de treinta kilómetros de terreno y a la subida del barranco la describe como “un camino no difícil, pero pesado”. Es un punto clave en la resistencia al sendero: Guerepe es testigo de muchos que tratan de hacer esta ruta, pero el cuerpo falla.

Llegado a Morro la Fuente, el sendero se bifurca en varias vías: “Hay un camino que va a Tuineje, otro que va a Pájara y otro que

va a Toto (que pasa por Valle del Agua, Pájara y acaba en Toto)". Cano conoce las distintas veredas y las señala con detalle: "Primero está el camino hasta llegar al Morro La Fuente y desde ahí, al llegar a la Degollada, se reparte: si vas a Tuineje, coges (montaña de) los Ancones, luego coges hacia Tuineje, pasando por (Degollada de) Adeje; hay otro hacia Pájara, eso es en la Picá (Filo de la Picada); y otro sigue por la parte de atrás de Valle Largo, ese coge la parte atrás de Pájara y sigue hacia Toto. Y ya de Toto cogería el camino hacia Betancuria", relata. Este último es el que, cuenta, sigue habitualmente, para, una vez en el pueblo ascender el lomo y descender desde la cumbre hacia La Vega.

Calcula que esta ruta, una de las más complicadas en distancia y recorrido, ha sido su itinerario durante nueve años. En los años que la hizo en solitario, la atravesó de sur a norte "de un tirón, en nueve horas y media", aproximadamente: "Aunque de Jandía salgo dependiendo de la marea, si salgo a las cuatro o cinco de la mañana, llego a la Peña para desayunar, o un poquito más". En grupo los tiempos se dilatan y al ritmo colectivo de la marcha se suman algunas paradas de descanso: "Normalmente descansábamos arriba en los Adejes (donde yo fui criado). Comíamos, almorzábamos un poco y salíamos de nuevo por la tarde ya".

Senderos de la infancia

Entre los Rincones, Adejes, Morro la Fuente. Entre estas lomas creció Antonio Cano. Cuenta que, cuando niño, los caminos estaban marcados: "Yo los conocía bien y no me perdía. Allí, en Los Adejes, estaba el camino que iba hacia Pájara, que era el camino que pasaba por Morro La Fuente y venía para aquí (más abajo, hacia el sur), y después estaba el camino de mi casa a Tuineje, luego de mi casa a Las Casitas, luego el que iba a Juan Gopar". Eran senderos transitados, en un tiempo en que apenas circulaban vehículos privados por la isla, y se atravesaban a menudo las lomas y montañas para comprar en el pueblo más cercano: "Desde los Adejes a Tuineje son unos ocho

o nueve kilómetros, a través de la montaña. Íbamos por el camino a burro, a quien le tocara ir... Ibas acompañando a tu padre o tu madre. Estaban marcados: se usaban y estaban marcados”.



Pero el entramado de senderos, una red dibujada entre los macizos montañosos por su memoria de infancia, abarca mucho más y al ojo de Antonio Cano la zona es legible, como un mapa, aún ahora,

pasados los años y ya desaparecidas las marcas que surcaban el terreno árido: “Mi padre se dedicaba al ganado. Con seis o siete años mis hermanos ya estaban pastoreando el ganado desde los Adejes, y lo llevabas casi a la Degollá de Toto, esas montañas por arriba de los Ancones. Todo el día pastoreando para allá. Se hacían casi todos los caminos. Como los hacía de pequeño, nunca me he perdido”, explica.



Comenzó a subir a la Vega, como es costumbre, en su primera juventud: “No chico, pero sí con catorce o quince años. Teníamos la costumbre de ir todos mis hermanos caminando juntos (entonces nos quedaba más cerca, claro). Íbamos caminando a La Peña con algún vecino, algún amigo”, recuerda. Y aunque su travesía no responde a ninguna promesa, desde entonces ha mantenido su compromiso con los senderos que llevan a la Vega. “Cuando llegaba, me quedaba un rato oyendo las parrandas, iba por los quioscos por ahí, iba a ver a la Virgen. Me quedaba hasta la una, o las dos de la madrugada, solo un ratito”, relata y explica que, como para tantos otros, esta cita era una oportunidad de reencuentro: “Por supuesto, era un punto de encuentro para vernos todos los majoreros, gente que llevabas muchos años sin ver”.

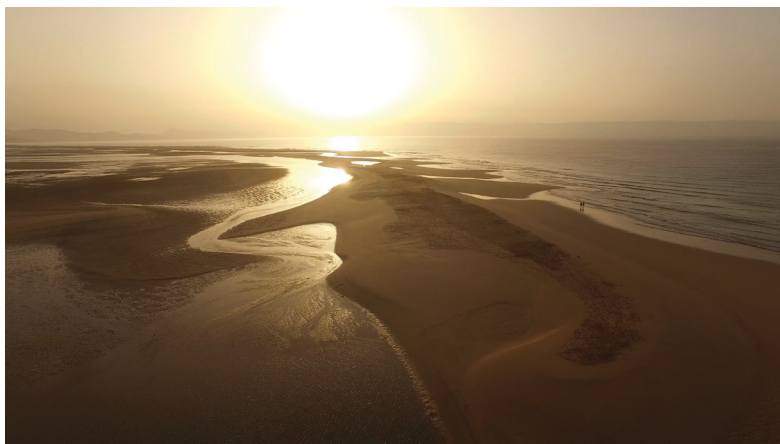
Y aunque, dice, el paisaje no ha cambiado tanto, sí recuerda de los antiguos caminos recostarse en muros de piedra que hoy podría

ser más difícil encontrar: “Algún corralillo que tenían los pastores para las cabras, alguna pared para meterse a la sombra, o los sorribos en los barrancos. Si estabas muy cansado, te echabas en el sorribo, descansabas un poco a la sombra y seguías”.

Cuenta que aún hoy algunos años vuelven a reunirse los hermanos para salir de nuevo desde Adejes, como cuando niños, o desde Las Casitas; en los últimos años ha salido solo desde Cardón.

“A mí me parece bonito, a mí sí. Porque me gusta la naturaleza y me gusta caminar. El paisaje es el de toda Fuerteventura, qué puedo encontrarme: aulaga, barranquillo, montañas. Pero las montañas tienen encanto: aunque no es como otras islas, que ves verde. Aquí es seco, y tiene encanto. Los colores de la tierra”.

Entre esos colores, filtro de luz en la tierra árida, Antonio Cano nunca se pierde. Como si en sus pasos, habituados a salvar los extensos kilómetros de Jandía, las cordilleras que rompen el centro de la isla y las llanuras y barrancos recónditos del interior, alguien, cuando era niño, le hubiera escrito un mapa.



Javier Peña Betancor y Francis Roger Lasso (La Punta de Jandía)

La Punta de Jandía – Cofete – Punta Paloma – El Jable – La Pared – Buen Paso – Barranco de Las Peñitas – La Vega de Río Palmas



El camino de La Punta es huidizo. Lo forman largos tableros de llanura sin sombra, jables de arena que engullen los pies, pasos montañosos raramente transitados, barrancos de roca dura. Atraviesa toda la península de Jandía y recorre, por el interior, los pueblos de La Pared, El Cardón, Pájara, para avanzar hacia las Peñitas rumbo a la Vega de Río Palmas.

Sin embargo, pocos son los que recuerdan y transmiten el marcado del camino desde La Punta, que en su trazado original se dirige hacia Morro Jable y se adentra, desde las Casas de Risco del Paso, por el camino histórico del barranco de Pecenescal, para posteriormente ascender por barranco de Vachuelo de Cuevas Labradas, girar en Lomo Cuchillite, dirigirse hasta Alto de Agua Oveja, adentrarse de lleno en El Jable (recorriendo el empedrado conocido como “Camino de los Presos”, reminiscencia de los tiempos de la dictadura franquista), hasta llegar al cruce de Piedras Negras y terminar en La Pared. Los peregrinos y caminantes, movidos en gran número por promesas religiosas ligadas a sacrificios de gran calibre, optan desde hace décadas por modificar esta etapa del camino: en lugar de seguir el trazado original, prefieren atravesar la totalidad de Jandía por la costa de Cofete. Porque, repiten: “A grandes promesas, grandes sacrificios”.

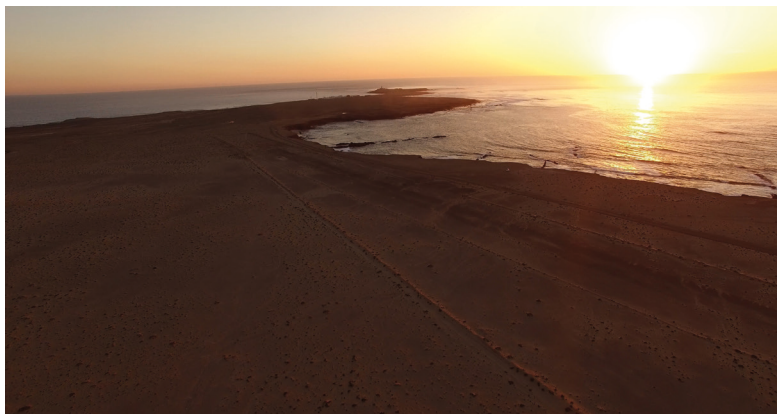
Así lo atestiguan varios testimonios registrados en este trabajo y ese es, también, el caso de Francis Roger Lasso y Javier Peña Betancor, que desde los 17 años han recorrido esta ruta sur y solo en una ocasión lo hicieron siguiendo el trazado interior; las demás, siempre por costa de Cofete.

“Nadie nos enseñó. Sabemos que hay un sendero (en Cofete). Nos lo han dicho, pero nunca lo hemos encontrado”, admite Francis, que explica que fruto de no conocer el camino han sido innumerables las complicaciones que se les han sucedido: desde avanzar a través de caminos de cabras, hasta encontrarse en situaciones de alto riesgo por tratar de recorrer toda la etapa de Cofete y El Islote por costa (una costa que, en su tramo final queda quebrada por riscos), sin hacer uso de la subida a montaña del último tramo, una vereda señalizada con cuerda que no han podido localizar. La ruta por arena en su totalidad plantea la temeridad añadida de que durante el recorrido, que puede llevar más de siete horas solo en la playa, puede darse una subida de marea, que obligaría a ascender riscos en los que, en ocasiones, se producen desprendimientos al mar.



“Es importante cuidar que no se dé error en el cálculo: desde La Punta hasta Cofete tardas seis, siete horas. Pero luego solo en Cofete atravesar toda la playa son un mínimo de otras siete horas. Lo ideal es calcular que la marea vaya bajando cuando llegas a Cofete y así ya tienes margen. Si al llegar tienes que esperar, esperas, porque si la pillas subiendo tienes que ir a contrarreloj, se hace eterno”, añade. La perspectiva de avanzar en marea alta es innecesariamente

peligrosa: a la falta de garantías en los ascensos a los acantilados que separan las caletas del último tramo, hay que sumar la dificultad de cobertura y acceso en caso de emergencia.



Por este motivo, los peregrinos insisten en la importancia de asegurarse, antes de iniciar la marcha en Cofete, de conocer “la vereda buena” por montaña o de calcular y respetar los tiempos de la marea: “Estando la marea baja, puedes hacer casi todo el camino, hasta donde está el empedrado, a la altura de Pecenescal, pisando siempre por arena”. El empedrado al que refiere Francis es el batiante de rocas que, acabado Cofete y Punta Paloma, aparece antes de la arena de El Jable. En este punto, los caminantes de Cofete se suman al recorrido de El Jable y, posteriormente, al camino histórico tradicional.

El ascenso al Jable, señalan, a veces es huidizo. Está marcado por unos mojones que, por el paso continuado de la arena, suelen quedar semi-enterrados: “El último año que fui, llegué aún de noche. Esa humasa, la bruma del mar, que parece que fuera niebla, no dejaba ver. Alumbrando con linterna del móvil íbamos buscando. Estuvimos una hora perdidos buscándola. Al final, gracias que la encontramos”, cuenta Javier, que, sin embargo, sonríe por la imagen que le quedó grabada de la subida: “Veíamos a las cabras durmiendo en los riscos”.

Una vez ascendido “a la altura de Pecenescal, siempre en la cara oeste de la isla, pasado el tramo después de Punta Paloma”, el sendero, que ya confluye en el camino tradicional, se vuelve arena en el jable. “Es un camino que está marcado. Seguimos por todo ese camino ya hasta La Pared (el pueblo costero, la urbanización). Y desde ahí, sigue un tramo con asfalto, hasta Buen Paso; en el cruce de Buen Paso ya llegamos a la ermita (de la Peña), subimos por las Peñitas hasta arriba, a La Peña (a la Vega de Río Palmas)”, detalla Francis.

En total, el recorrido puede llevarles en torno a 25 horas, un tiempo en que no hay periodos de sueño. “Como, además, solemos empezar a caminar al salir del trabajo el jueves, al llegar a La Peña podemos haber pasado sin dormir treinta y pico horas: dormimos la noche del miércoles y ya no volvemos a dormir hasta que volvemos de La Vega”, señala Francis. El año que el camino en grupo se hizo más largo fueron 28 horas, con todo tipo de peripecias, incluido un golpe de calor de un acompañante en medio de Pecenescal, sin agua y sin cobertura para pedir ayuda.



En sus peripecias individuales, por otro lado, el año que más largo se hizo fue para Javier su primera promesa desde la Punta: “Cometí la imprudencia de decidirme a cambiar el camino, para

acortar e ir en línea recta. Subí y bajé cerca de doce montañas entre La Pared y La Vega”, ríe ahora y bromea: “¡No lo recomiendo!”. Para Francis, fue una promesa que pagó con 90 kilómetros: desde la Punta de Jandía ascendió hasta Pájara, y una vez en Pájara rodeó hasta Antigua para desde allí subir a la Vega, una ruta que le afectó tanto físicamente que, al llegar a destino, fue incapaz de llegar a la iglesia de La Peña. “La fuerza que me quedaba era la justa para ir a la parada de guaguas”.

Javier asegura que, aún con el sacrificio físico que supone, la vista siempre quedará grabada en su recuerdo. “Es más bonito ir durante el día, porque vas viendo el entorno natural, el paisaje, los animales (hay animales que no se ven fácil normalmente)”. Y aunque desde la Punta, coinciden ambos, es un esfuerzo extremo hecho para pagar una importante promesa (una pugna que necesita incluso, aseguran, de una fortaleza mental para superar la adversidad y la resistencia física), para Javier la travesía es, también, una de las experiencias más bonitas que guarda en el recuerdo: “Los paisajes, la tranquilidad. Estás tú, la naturaleza y el camino”.

En ocasiones, para un caminante no hay mayor templo que una vereda abierta, libre, territorio adentro.







